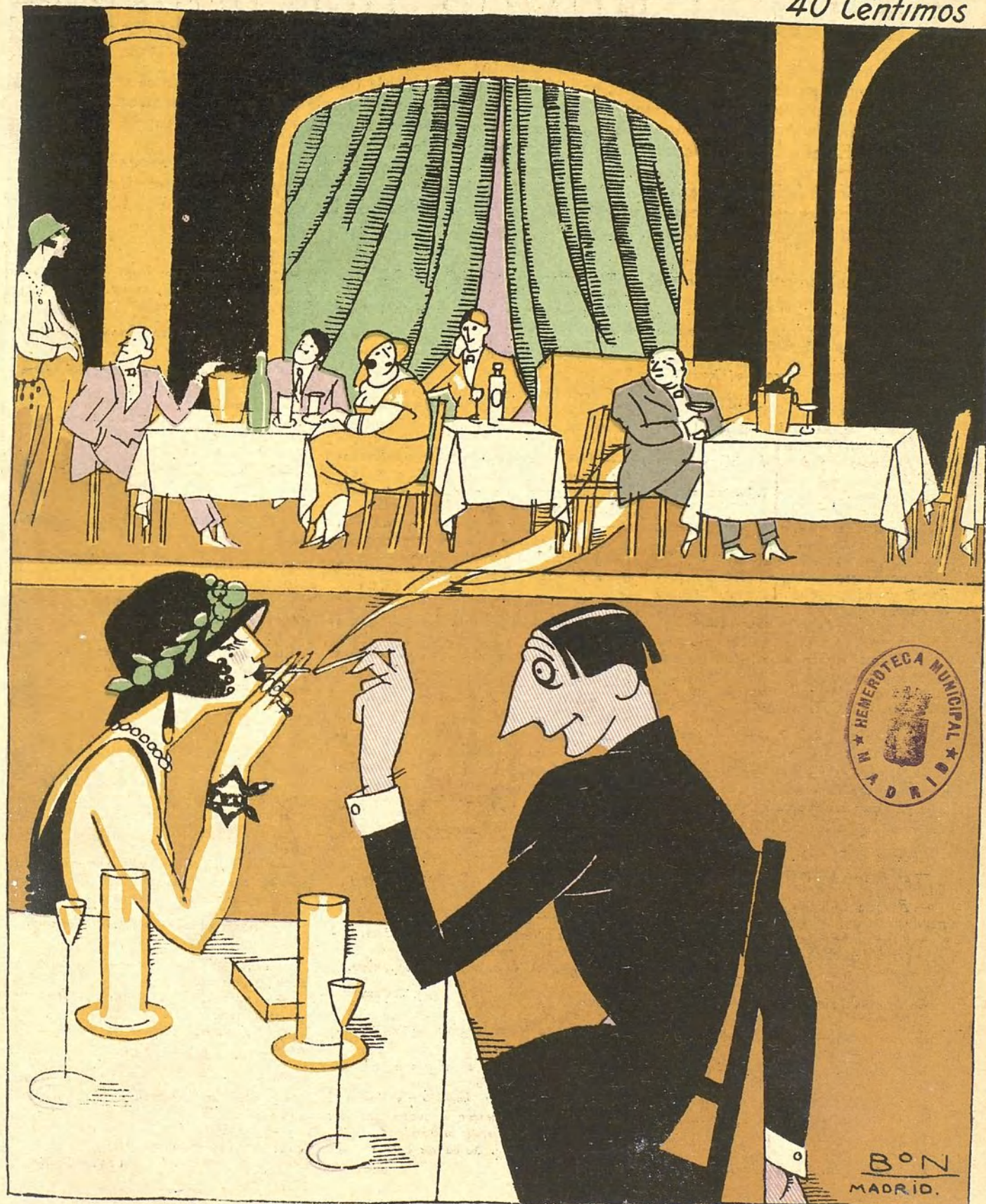


BUEN HUMOR

40 Céntimos



Ayuntamiento de Madrid

- ¿Podrías guardar un secreto, Pepe?
-- ¿Por qué? ¿Es que tienes alguno que no puedes guardar?

Dib. BON. — Madrid.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro Concurso permanente.

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Es verdad, Ernesto, que me amas por mí misma?

— ¿Que si es verdad? La prueba es que en cuanto nos casemos, pienso cerrar la puerta de casa a toda tu familia.

E. CARCEDO. — Baracaldo (Vizcaya).

Entre amigas.

— Anita me ha dicho que acaba de cumplir veintiséis años.

— Entonces, ¿qué edad tenía cuando nació?

T. LARES SASAC.

Dos guardias detienen a un borracho. Uno de ellos dice al otro:

— Oye, ve sacando la cuerda.

EL BORRACHO. — No; no se moleste, señor de guardia, que me he dejado el trompo en casa.

AB-EL-SIKUELA. — Valencia.

— ¿En qué se parece un caballo a una casa desalquilada?

— En que el caballo usa riendas, y la casa, usa...-rienda, o no se arrienda.

R. G. P. G. — El Escorial.

— ¿En qué se parece San Sebastián a algunas casas de comercio?

— ¡En que tienen su...-kursaal!

PITUSA.

Examen de historia.

— ¿Por qué se llama así Valencia del Cid?

— Porque la conquistó el Cid Campeador.

— ¿Y Valencia de Don Juan?

— ¡A ésa la conquistó el Tenorio!

LAJOSE. — Valladolid.

En la comisaría.

EL JUEZ. — ¿Cómo se llama usted?

EL ACUSADO. — ¿Quién?... ¿Yo?...

EL JUEZ. — Sí; usted.

EL ACUSADO. — Me llamo Juan Rodríguez.

EL JUEZ. — ¿Dónde vive?

EL ACUSADO. — ¿Quién?... ¿Yo?...

EL JUEZ. — Sí; usted.

EL ACUSADO. — En la calle de Pelayo.

EL JUEZ. — ¿Cuántos años tiene?

EL ACUSADO. — ¿Quién?... ¿Yo?...

EL JUEZ. — ¡No!... ¡Yo!

EL ACUSADO. — Usted representa unos cuarenta años.

JULIO Y GREGORIO USTARA. — Santurce.

Entre cazadores.

Hablando de procedimientos para cazar diferentes clases de animales, decía uno de ellos:

— Ustedes conocerán los procedimientos generales de caza; pero ¿a que no conocen la manera de cazar lobos pequeños?

LOS DEMÁS. — No. ¿Cómo es eso?

— Pues, muy sencillo: se coge un hilo, y cuando pase cerca el animal, se le arroja. Después no hay más que tirar del hilo, y por el hilo se saca el lobillo.

GE. GO.

— ¿En qué se parecen los químicos a las bailarinas?

— En que hacen combinaciones con los cuerpos.

ANTONIO OBREGÓN Y CHOROT. — Oviedo.

— ¿Qué dijo Dios a nuestros primeros papás, cuando el pecadito de marras?

— Mejor será que os marchéis del Paraíso. Ese acto de Eva ha estado muy feo.

— ¿Y qué le dijo entonces Adán a su novia?

— ¿Ves?... Nos quedamos sin casa por no respetar la manzana.

VIBARAL. — Madrid.

Entre mecanógrafas.

— Yo tecleo a una velocidad de trescientas palabras por minuto.

— Hija, tan de prisa, yo no te...-cleo.

J. M. CONDE.

El marido, un poco aficionado al juego, le dice a su mujer:

— Chica, mañana me voy con la borrica a la feria de Pinto.

Al llegar, vende la borrica y se juega el dinero. Cuando vuelve le dice su mujer:

— Oye, Pascasio, ¿y la borrica?

— Pues, te diré. Se la he echao a un caballo.

— ¡Pobrecica! ¡Tan pequeña como es!

— No tengas cargo, mujer..., ¡si estaba la sota en puerta!

ANDRÉS POZO SEVILLA. — Madrid.

— ¿Cuál es el ave que anda más cerca de nuestra casa?

— La avecina.

M. MANCHÓN. — Avila.

En el manicomio.

— Y ¿qué manías tiene ese infeliz?

— Últimamente hirió al recaudador de contribuciones.

— Y ¿están ustedes seguros de que está loco?

C. A. DEMARÉ. — Madrid.

En el café.

EL COMENSAL. — Durante toda la comida no he hecho más que chuparme los dedos.

EL CAMARERO. — Estaba buena..., ¿eh?

EL COMENSAL. — No, señor, es que no tenía servilleta con que limpiármelos.

MASTO. — Madrid.

Unos amigos se encuentran en un puerto, y extrañado el uno al ver que su compañero toma pasaje para América, le dice: — ¡Caramba, Jiménez! He observado que te decides a emprender un largo viaje, a pesar de gustarte tan poco viajar por mar.

— ¡Chico, qué remedio me queda! El médico me ha recomendado tomar muchos vapores...

AGUSTÍN LOZANO. — Tetuán (Marruecos).

— Di, Lulú, ¿todavía te hacen daño los zapatos que te compraste?

— ¡Horrible, chica! Cuando me los pongo, veo las estrellas.

— Sí, claro; como siempre sales de noche.

SENE. K. — Madrid.

— ¿Cuál es el colmo de un médico que sea periodista?

— Que las enfermedades agudas se le conviertan en crónicas.

C. V. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **L. Ortega.**

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN NÚM. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de mayo.

17. — Los que nos sacan el jugo.

EL ACTO DE ALIMENTARSE
101 MEDIODÍA

18. — Despojo.

— ¿Qué hay, *cuarta-prima*? ¡Parece que te engañan jugando al tute!
— ¡A mí, no! Eso te ocurre a ti, que no te *tercia-cuarta* el dinero ni una vuelta.
— *Cuarta-dos* es quien pierde siempre.
— Sin *tercia-dos*. ¡Como que no sabe «tentar-las»! Además, se distrae mucho.
— Sí; ayer cuando le acusaron un tute de capallos estaba chupando una *todo* de patata.

19. — Verbo de reciennacido.

50 50
EXTRA VAGANTE

20. — Tapete.
(No se trata de un giro.)

A
30 DÍAS

CUPÓN

correspondiente al número 78
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

21. — Casi no.

— *Prima segunda-segunda* no hay quien le aguante.

— No es extraño. Su mujer no está *tercia-prima*, y eso pone de mal humor a cualquiera.

— Pero en cuanto le anuncian que hay un buen partido de *foot-ball*, echa fuera *dos-tercia*.

— *Todo* se distrae con otra cosa.

22. — Un pez.

EN EL "MONTE"

NEGACIÓN

El número adquirido para el sorteo de la lotería nacional de 1 de junio con destino a este Concurso es el 1.193.



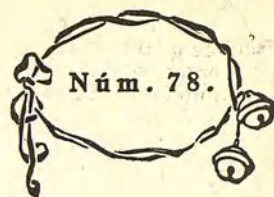
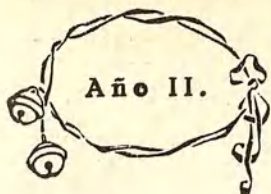
Dib. PRAT. — Barcelona.

— ¡Pero, mujer!... ¡Eso sí que son ganas de estropear el paraguas!...
Ayuntamiento de Madrid



El santo de papá...
Este es mi regalito.
Todo el mundo sabe que el
JABÓN EN BARRAS PARA AFEITARSE
DE LA PERFUMERIA GAL
es insuperable.

Barra 1.25



ALREDEDORES DE DON ABDÓN PLA



MI "BRONCA" EN EL "CABARET"

Yo era un pollo *bien*, mixtificado por el provincianismo. Pero era borracho y sin cerebración posible, como un pollo *bien*. Todas las noches solía *acogorzar*me, como un señorito, de doce y media a una. Frequentaba para ello un *cabaret* del amor, en el que no recuerdo haber visto jamás ni la llama de una cerilla del amor en medio de tanta luz dorada.

Solamente recuerdo que había pitillos femeninos que fumábamos todos, brazos desnudos muchas veces morenos, pantorrillas flacas, flores en las solapas, y también camareros que servían y señoritos que bailaban, que a veces me parecían, por mi pueblerinismo y el vino, señoritos que servían y camareros que bailaban.

Una vez, ya borracho, me senté en el brazo de un blando diván bajísimo que ocupaba una famosa tanguista: la *Morenez*. Yo tenía los movimientos y las palabras calmosas y pegajosas que pudiera tener la miel si acostumbrara a hablar. Y me dió por partir en pedacitos un periódico e irlo metiendo en bolitas por el escote de la tanguista, donde a veces se quedaban los papeletos enganchados en los huesos.

Ella, vieja maestra de la psicología del borracho, decidió aguantarme sin hacerme caso; y entonces me fijé en un caballero rubio y cincuentón, que hundido o naufragado en otro diván, del que sólo supervivían la cabeza y las rodillas huesudas, padecía el peso de su edad y de sus párpados y la ridiculez de una calva adornada con una falsilla que formaban siete u ocho pelos verdaderamente moribundos.

¡Bahl, decididamente: con él tendría la *bronca* que me conseguiría el título de señorito de *cabaret*.

Seguí haciendo bolitas de

papel y comencé a tirárselas, lanzándoselas con el muelle del índice disparado por el pulgar. Casi se me iba desvaneciendo la borrachera por la emoción de mi civismo: paradoja.

De pronto, aunque lentamente, se levantó el caballero rubio, y agachándose con angustioso trabajo, arrodillándose alguna vez y metiendo la cabeza y todo el brazo debajo de las mesas y los divanes, cogió del suelo todas las bolitas que encontré. Y con su paso viejo vino hacia mí y me dijo:

— Señor, perdone que sin estar presentados...; pero es que se le debe haber caído a usted esto...

— ¡Ah!... Muchas gracias...

El se volvió a sentar en su sitio.

A mí se me quitó la borrachera, y me había orinado un *poquitinín* en los pantalones.

MI JARRITA TALAVEREÑA

¿Quién no heredó un cacharro de Talavera? Mi jarra sufrió en los siglos la invasión de seis o siete generaciones de vajillas que la vejaban, que la arrinconaban en un vasar de la cocina o en la guardilla misma. Vió morir a sus hermanos de barro, que al menor descascarillamiento eran arrojados a la basura. Y esperó, esperó este momento en el que subí yo al sobrado a por un traje de máscara que debía haber, y la encontré polvorienta entre unos aros de tonel y unas botellas.

La limpié el polvo con el pantalón del disfraz, y surgieron los motivos de pájaros y flores.

— Esto — me dije —, ¿no es lo que está de moda?

La bajé a mi casa ante los gestos de repugnancia de todos, y desde entonces no hice más que ver dibujos y fotos que traían como el más bello elemento decorativo una jarrita talavereña. ¡Oh!..., yo merecía la cruz de Beneficencia del Buen Gusto por este feliz salvamento.

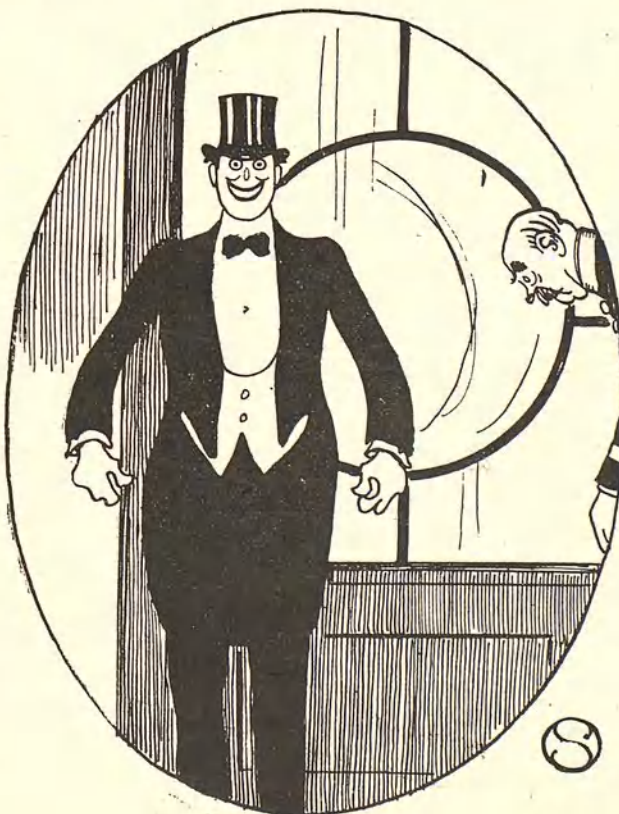
Y cuando, instalado en la corte, quise adecentar mi cuartito de casa de huéspedes, la traje en un viaje con el mismo cariño con que esas señoras miman a los canarios que viajan con ellas.

Pero he aquí qué dolor: la criada, a pesar de ser también de Talavera de la Reina, un día la dió con los zorros policromos al limpiar los estantes, y la tiró al suelo, haciéndola veintritrés *añicos* — que no mil, como suele decir la hipóbole.

Llegué a mi cuarto cuando mi patrona y las dos criadas se disponían a arrojar por la ventana al solar aquellos pedazos tristemente pequeños.

— ¡Nadie se mueva! — grité desde la puerta, con el revólver que había sacado del bolsillo de atrás, en la mano. Así pude salvar aquellos pedazos de mi alma.

Recogí todos con gran cuidado, y por no tener otra caja



Dib. SILENO. — Madrid.

donde guardarlos, los metí en una caja de botas, donde estaban holgadísimos: esto no importa a la anécdota.

La criada talaveraña, lloriqueando por las dos emociones sufridas — las trágicas escenas de la rotura y del revólver —, me dijo llena de humillación y entre los hipo del llanto:

— Señorito, ¡hipl!, muy cerca de aquí vi..., ¡hipl!, vive un tío mío de mi pueblo que, ¡hipl!, que es lañador; yo puedo llevárselo, y, ¡hipl!, y seguramente...

— Bien, bien; llévaselo.

— Señorito, le diré el interés que tiene, ¡hipl!, el señorito, y el interés tan grandisísimo que teng..., ¡hipl!, que tengo yo, señorito.

Por la noche vino a decirme con una cara muy coloradilla y muy sonriente:

— Me ha prometido arreglarlo aunque le cueste doce velas, o sea seis veladas de a dos velas, señorito. Todo se andará, si no falta ningún pedazo, señorito.

Al cabo de seis días me encontré en la mesa de mi cuarto un plato — pla-

to — de Talavera, con el mismo motivo de dibujo que tenía mi difunta jarra, y lleno de lañaduras por debajo, que parecían las costuras de los remiendos de un pobre de teatro. A su lado había dos pedacitos talaveraños y esta carta:

«Mi cerida sobina ai tienes el palto que me distes pa reglalde pues lla esta con puesto pues me acostado muhas cavildaciones conponer lo: Te mando esos pedacos qu me Anso brao pues ya conozes lonrrao qus tu Tio qe lo Es, — Paz Lopez.»

Me quedó un lindo plato, casi tan bonito como la jarra de que procedía.

Por la noche, yo tenía una preocupación. Yo estaba ilusionado por poseer un gramófono. ¿Había desperdiciado una ocasión? Si le hubiera dicho al tío de mi criada que aquello eran los restos de un gramófono, ¿hubiera sabido hácermelo?...

Hay hombres para todo. — ABDÓN PLA.

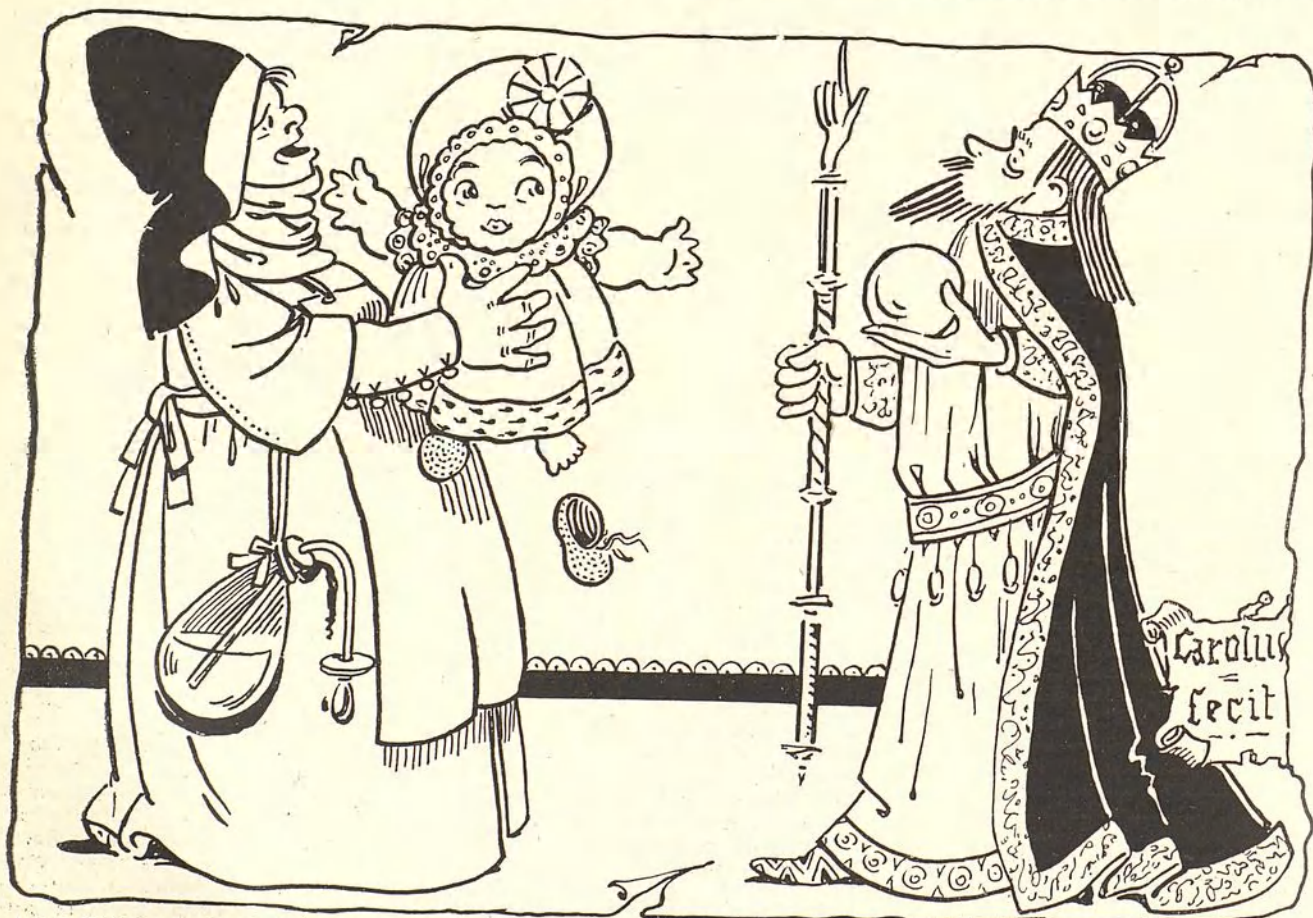
El mecanógrafo,
ANTONIO ROBLES

BODA DESHECHA

Don Avelino, como él quería que le llamasen, o el señor Avelino, como todos le decían, pasaba en el barrio por hombre rico, aunque nosotros sabemos que el Monte de Piedad conocía bastantes apuros suyos. Sin mujer que mantener, pues era viudo; con un hijo, que ya se ganaba solito el jornal, y con una hija, que tenía un buen taller de planchado, no tenía él que preocuparse más que de su persona, que ya hacía tiempo entró en la segunda juventud, por donde caminaba con paso seguro.

Don Avelino tenía una pequeña panadería donde, según la opinión pública, elaboró su fortuna al mismo tiempo que los panecillos, y donde todos creían que guardaba el capitalito destinado a dotar a su hija Carmela, por lo cual rondaban varios pretendientes a la moza, entreviendo el negocio que era llevarla a la Vicaría.

Uno de los más tenaces era Perico García, oficial ebanista, a quien ella pa-



ALELUYAS HISTÓRICAS

Dib. ORTIZ. — Madrid.

Y Sancho III reinó sólo un año, y al ceñir la corona su hijo y sucesor, Alfonso VIII (el de las Navas), tenía muy pocos meses y estaba tan gordo, que era muchísimo más ancho que su padre.

recía mirar con buenos ojos. Y con tan buenos le miraba, que, a despecho de los otros rondadores, presentóse un día en casa de don Avelino y pidió la mano de la muchacha.

— Ante todo, una pregunta — dijo el panadero dirigiéndose a quien pretendía ser su yerno —. Tú no serás de Aranjuez, ¿verdad?

— No, señor. ¿Por qué?...

— Pues porque no me haría ni chispa de gracia que mi hija se desposase con un espárrago.

— ¡Vamos, hombre! — exclamó airado Perico —. Si no fuera porque el asunto es serio...

— Y ahora, otras preguntas. Tú, ¿con qué cuentas?

— Con los dedos... No sé de otra manera.

— Digo que ¿qué tienes para el matrimonio?

— ¡Ah!... Pues tengo muchísimas ganas de casarme con ésta, y además mi jornal de ebanista.

— A eso vamos. ¿Y asciende el jornal...?

— Sí, señor; a una guardilla, que es donde vivo; pero si nos casamos, descenderá un poco.

— Oye, tú, que esto es una cosa muy seria, como tú has dicho, y si te pitorreas, puedes irte con la música a otra parte.

— No, señor, no. Mi jornal es de trece duros semanales.

— Y ¿tú crees que con trece duros podrás mantener a mi hija tan bien como lo hago yo? ¿Podéis vivir con trece duros?

— Eso es lo que yo digo; pero nos declaramos en huelga apenas hace un mes, y no es cosa de volver a las andadas...

— Pues, francamente, no sé qué hacer.

— Anda, papá — terció Carmela —; mira que ya es oficial.

— Ea, pues listo: casaos. No puedo oponerme a tu felicidad, hija mía.

— Además, señor Avelino, usted puede ayudarnos también un poco, por eso de la panadería. Todo se reduce a mermar un poquitín los panecillos.

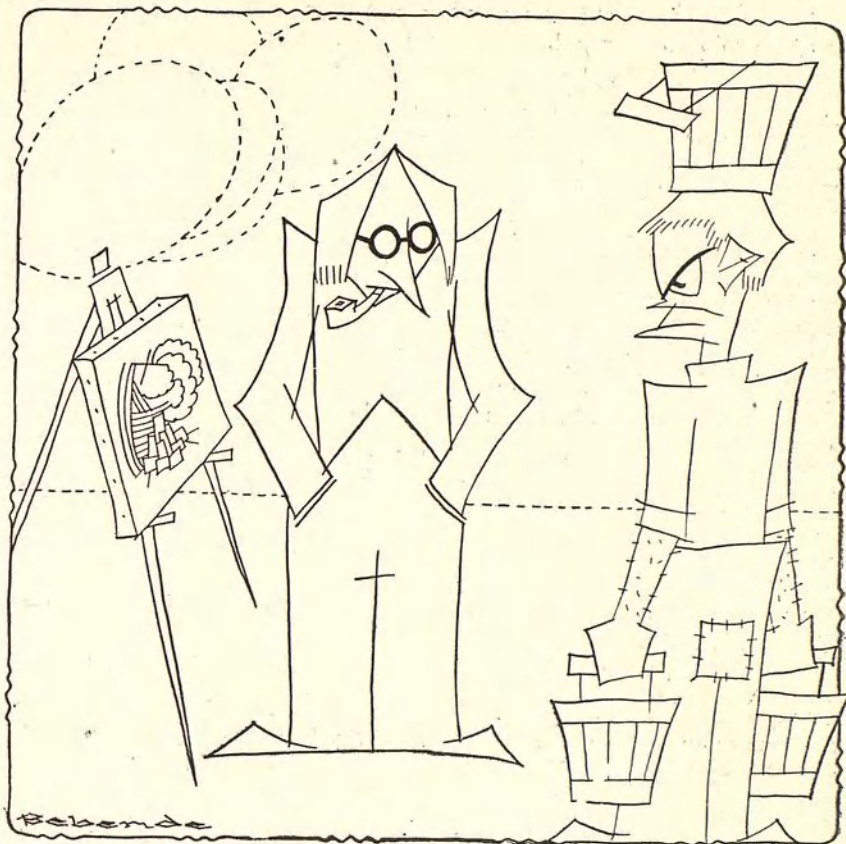
— ¿Mermar? Pero ¿no comprendes, cacho e ignorante, que si los mermo un poco más no va a quedar nada?

Ante este argumento definitivo, Perico se declaró vencido, y como era la hora de ir al trabajo, pues fué.



Dos días antes de la boda, necesitando el joven ebanista hacer algunas compras urgentes, y dando la pícara casualidad de no tener un céntimo, decidió pedirle al señor Avelino lo que necesitaba. Con este pensamiento, presentóse en la panadería.

— Señor Avelino — le dijo —, me hacen falta sesenta pesetas para comprar algunas cosillas. ¿Puede usted prestármelas?



Dib. BEBERIDE. — Madrid.

EL PINTOR. — Usted no puede comprender esto. Yo soy cubista.

EL RÚSTICO. — ¡Rediela!... ¡Pues yo también soy cubista!...

— ¿Sesenta pesetas? Gachó, no eres tú nadie. ¿Es que vas a comprarte un Ford?

— No, señor. Lo que voy a comprar son utensilios pa mi casa.

— Pues mira, ahora no puedo. Vuelve mañana y te las daré.

Marchóse Perico, y don Avelino pasó a ver a su hija, a quien dijo:

— Mira, Carmela, me vas a prestar sesenta pesetas; yo te las devolveré en seguida.

Carmelita, que se había gastado todo el dinero que poseía de sus ahorritos en formar su ajuar, respondió a su padre:

— No tengo ahora dinero, pero mañana se las daré a usted.

Y acto seguido fué a ver a su hermano, haciéndole idéntica petición, y recibiendo casi la misma respuesta.

El hermano se entrevistó con su futuro cuñado, a quien pidió las sesenta pesetas.

— No puedo dártelas — respondió Perico.

— ¡Pero, hombre, si te las devolveré dentro de una semana!

— ¡Bueno! No compraré lo que quería. Mañana, en casa de tu padre, las tendrás.

— Me sacas de un apuro, hombre; muchas gracias. Es un capricho de mi hermana.

Al día siguiente se encontraron todos en la panadería, y Pedro se acercó al señor Avelino.

— ¿Tiene usted ese dinero?

— Si — le respondió —; ahora te lo daré.

Entonces dijo a su hija:

— Carmelita, dame las sesenta pesetas.

— ¿Me das esas pesetas? — preguntó Carmen a su hermano.

El hermano acudió a Pedro.

— ¿Tienes ese dinero?

— Pídeselo a tu padre.

— A mí, no — dijo el panadero —. Carmen quizás tenga.

— Yo no tengo un cuarto. Perico te las dará.

— ¡Pero si yo se las pedía a usted!

— Y yo a mi hija.

— ¡Ah!... ¿Conque resulta que el dinero era para ti? Pues nada, chico; si quieres dinero, pídetelo a ti mismo.

Para desgracia de la pobre Carmela, se deshizo la boda, pues el ebanista no volvió a poner los pies en aquella casa.

GUILLERMO HERNÁNDEZ CASTRO

POR QUÉ ME AFEITO SOLO

Me afeito solo por temor. Lo digo ingenuamente. Desde que los rapabarbas, hace algunos años, exigieron violentamente la reivindicación de sus derechos, mis momentos más amargos los he pasado en la peluquería. Yo, en aquel entonces, me ofrecí como mediador en sus contiendas, aunque sin saber cuál tenía razón; pero pensando que a un hombre que se pone con una navaja barbera ante nuestro cuello, ofrecido en holocausto sobre la almohadilla de un sillón, no se le puede ni se le debe negar nada.

A mí, que siempre me había preocupado este momento de afeitarse, cuando entraba en la barbería, mi primer cuidado era explorar el humor de los oficiales, y como no les advirtiera contentos como unas castañuelas, me iba sin servirme, y a punto estuve de dejarme la barba. Y miren ustedes que habría gente amable y dulce de carácter; pero los barberos siempre se habían distinguido por lo solícitos.

«¿Le hace a usted daño?», preguntaban. «¿Le molesta?» «¿Está así bien la patilla?»

Lo que me pasaba es que cuando iba a la barbería me costaba un dineral, porque no le negaba nada al que me servía. Ya al entrar se lo decía al oficial, y así le ganaba la partida.

— ¡Pepe! — le espetaba afabilísimo —. Usted me da fricción de quina, y me lava la cabeza, y me quema usted las puntas. Si no tengo bastante dinero aquí, me manda la factura a casa.

Un día me tocó con un oficial que era comunista, y durante el servicio me salieron canas. Mientras me servía derogó el régimen dos o tres veces, y dándome el jabón cantaba *La Internacional*. Cómo me vería, que me dijo:

— Don Antonio, ¿le apuro demasiado?

— ¡No, hombre, no! — le contesté temblando.

Y el caso es que el peluquero es un hombre ligado a nosotros por una porción de cosas.



Dib. MÄDEL. — Madrid.

— ¡Qué cargada vienes!... ¿Cómo no has traído el burro?

— Porque pensaba encontrarme contigo.

Ayuntamiento de Madrid



Dib. BAT. — Madrid.

— La comida se sirve desde las doce hasta las tres, y la cena de ocho a once.

— Bueno, Paca, vámonos a otra fonda que den de comer más aprisa.

El tiene en sus manos nuestra belleza. El barbero nos hace un corte de pelo con el cual nos favorece; si una calva incipiente se adueña de nuestra cabeza, él nos hace un peinado con el cual nos la disimula; nos tapa las entradas, nos pone el bigote ensortijado para que vean que nuestro labio de arriba es superior, o nos pone las guías bajas si, por el contrario, nuestro labio inferior es el de arriba. Nos hace desaparecer las canas. Es el artifice de la armonía de nuestra cara. Hasta nos peina las cejas, que, erizadas, pudieran delatar en nosotros un carácter demasiado fuerte.

Cuando se habla de la cabeza de tal o cual hombre célebre, se olvida al peluquero, y esto es injusto. Claro que muchos artistas deben su celebridad a lo que tienen dentro de la cabeza; pero ¿no creéis que otros lo único que tienen de genios es la cabellera?

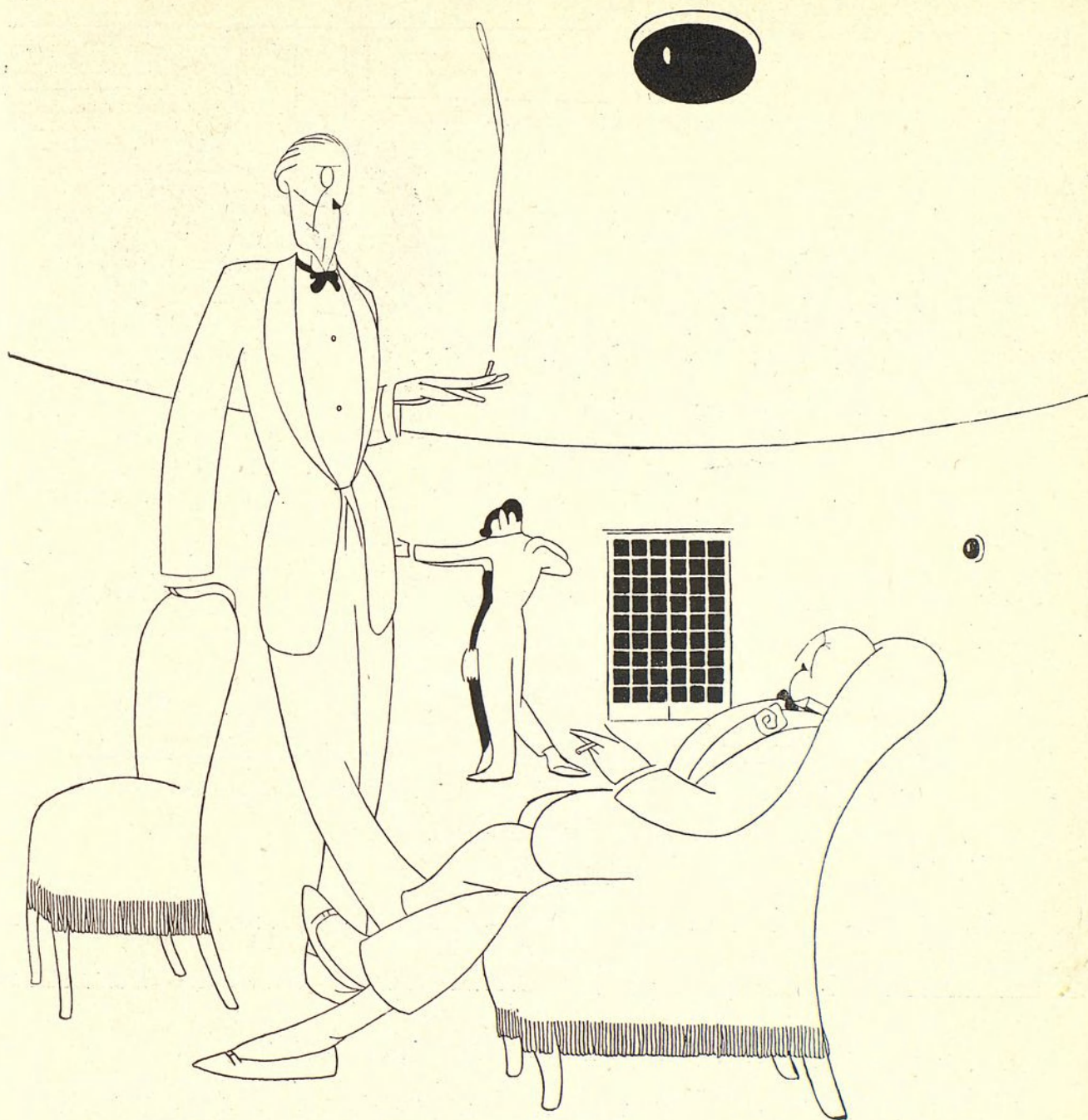
En fin, ¿no habéis oído decir despectivamente: «Ese es un hombre de poco pelo»? En cambio, sabéis que es un gran elogio decir «Es un hombre con toda la barba.» «Anda y que te pelen» es una de las peores maldiciones.

Yo me afeito solo porque siempre pienso que un día pudieran, ante una secreta consigna, llevar a cabo sus sueños de redención, y ante la codiciada igualdad meter la máquina en nuestras cabezas, dejándonos a todos pelados como quintos.

Pensad en la cabeza blanca de Maura convertida en una bola de billar, en la de Bergamín sin su raya en medio; ¡horrorizaos ante la cabeza de Goicoechea pelada con el cerol!

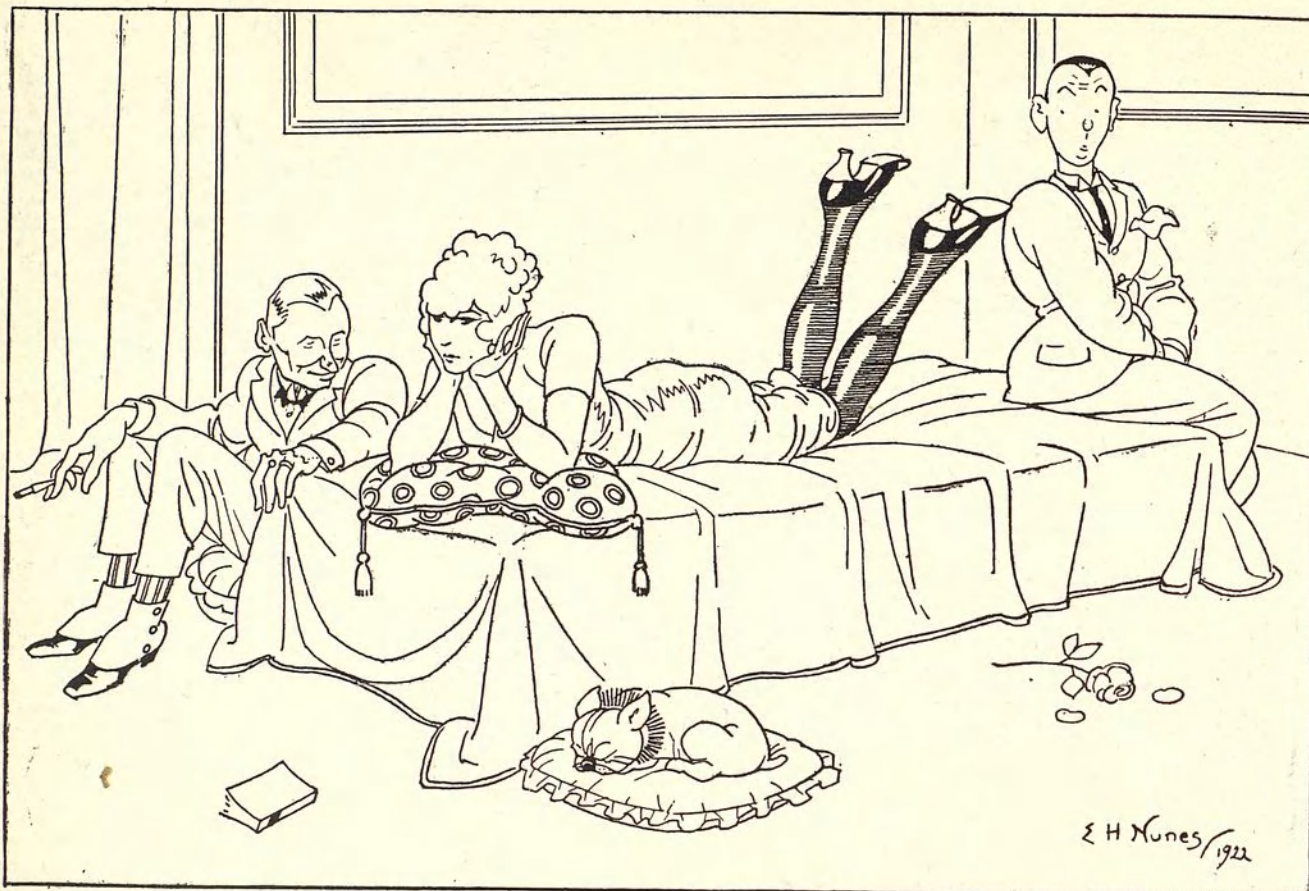
A los patronos peluqueros me dirijo. No neguéis nada a vuestros oficiales; no importa que nos cueste un dineral servirnos: el que no pueda pagarlo, que vuelva a usar melenas. Es preferible que parezcamos pajes de la Edad Media, a que muramos en lo mejor de nuestra edad.

ANTONIO PLAÑIOL



Dib. RÍVORO GIL. — Melilla.

— La viuda de X se vuelve a casar.
— Así demuestra lo fácil que le
ha sido olvidar.
— O todo lo contrario.



FLIRT

Dib. NUNES. — Cruz Quebrada (Portugal).

ELLA. — No seas tonto. Tú eres el primer hombre a quien yo quiero.

ÉL. — Ya lo sé.

ELLA. — ¡Ah, sí?... Pues también eres el primero que me cree.

"BUEN HUMOR" EN EGIPTO Confidencias de una Pirámide

(Dos redactores de BUEN HUMOR, enviados por la Dirección de este semanario al país de los faraones para visitar al recientemente alumbrado, hacen ellos solos los más importantes descubrimientos de cuantos registran los anales egipciológicos.)

UN "RENDEZ-VOUS" SIN PRECEDENTES

Las fauces enormes de un cocodrilo se abren amenazadoras ante nosotros a dos golpes de remo.

— ¿No querías ver un cocodrilo en su propia salsa? Ahí lo tienes — digo a López Rubio, mi compañero de viaje.

— ¡Oh, es magnífico!... Supongo que, naturalmente, estará al servicio de la Agencia Cook, y no intentará nada contra nosotros. ¿Por qué no le indicas que ya puede retirarse?

— ¿Es que tú crees que decorosamente podemos, di, rechazar la hospitalidad que nos brinda? Un explorador digno de tal nombre, un periodista a la mo-

derna, un egipólogo, en fin, consciente de su importancia no retrocede, no puede retroceder ni ante el obtusángulo mandibular de un cocodrilo. La puerta está abierta; entremos. Así como así, la temperatura es de lo más diaforético, y ahí dentro, tumbados a la sombra, estamos tan ricamente.

— Pero ¿no íbamos a hacer una crónica a las Pirámides?

— Iremos después, a la caída de la tarde, cuando salgamos. Llevaremos ya hecha la crónica. ¡Hala, pasa!

— ¡No, no; de ningún modo; tú primero!

— Sin cumplidos. Deja aquí el bastón, atravesado entre las hojas de la puerta, para que no se cierre tras de nosotros. Ponte ahora a gatas y sígueme.

Un fuerte olor a tabaco inglés hiera nuestro olfato en la boca del túnel.

— ¿Has olido?

— Si, chico; a hilatura de pipa inglesa. ¿Será posible que la talasocracia granbritánica llegue al extremo de imponer a los cocodrilos el uso de los productos nacionales, las costumbres y vicios del bipedo implume metropolitano?

— ¿Por qué no?... Enciende una cerilla, que no veo por dónde voy.

— ¿Y si hay alguna fuga de gas?

— Tienes razón; espera.

Y requiriendo mi coquetón reflector eléctrico, lanzo el disco de luz en las tinieblas de este tubo hipopótamo.

Un ¡cielos! completamente luisdelva-

lesco se escapa de mi aparato interjectivo.

— ¿Qué pasa?

— ¡La banderal!

— ¡Bueno; eso es viejo, chico! ¡Es veltusto! ¡Es impropio de un egiptólogo de tu altural!

— ¡Te digo que la banderal! ¡El cocodrilo tiene en la boca del estómago la bandera del Reino Unido colgada como antepuerta!

— ¡Es verdad!... Y ¿qué hacemos?

— ¡Cómo que qué hacemos! ¡Alzar el telón inmediatamente!

Y arrastrándome con presteza hasta los gules de Juan Toro, los arrojo detrás de nuestra espalda con la bizzarria de un matador de reses bravas que da un lucido pase de muleta.

Una voz nos detiene:

— ¡Alto! ¿Quién vive?

— ¡Españal! ¡BUEN HUMOR!

— ¡Adelantel! ¡Viva el buen humor!

El ojo ciclópeo de una linterna y la boca monosilábica de un revólver se abren parejamente en la oscuridad junto a nuestro tórax.

— ¿Qué desean ustedes?

— ¡Oh, no, nada! Somos unos turistas, ¿comprende usted?... Unos turistas. El dueño de esto nos ha invitado a entrar, y no hemos querido desairarle. ¡Hace tanto calor ahí fuera!... Anda, Pepe, saca los pasaportes para que este señor vea que están en regla. El equipaje lo tenemos en el hotel; ya está marchamado. Pero puede usted registrarnos... Porque suponemos que será usted de la Aduana, ¿no?

— No, señor. Yo soy Williamson, desbravador de cocodrilos, al servicio de Su Majestad Británica.

— Y ¿ésta es la oficina de usted, entonces?

— No; estoy aquí citado con una compatriota que...

— ¡Oh, sí, ya; usted perdone! Nosotros, con su permiso, nos retiramos.

— Muchas gracias. Es un asunto delicadísimo, y me contrariaría grandemente que ella llegase habiendo aquí extraños. Voy a darles una tarjeta para Kika, primo hermano de este buen bicho, que cumplirá magníficamente con ustedes los deberes de hospitalidad.

Ceremoniosísimo, deshaciéndose en excusas, Williamson sale a despedirnos hasta el vestíbulo de su curioso alojamiento, donde un bando de pájaros mondadientes saluda nuestra presencia con los acordes del *God save the king*.

LA KUFUÍ QUERRÍA SER «SUPER-TANGUISTA»

El alma de la Gran Pirámide se ha salido a la puerta a tomar el fresco, lo mismo que una comadre barriobajera que ya tiene preparad su gazpacho.

— Hola, Gran Pirámide, ¿qué tal? — preguntámosle.

— Ya lo veis... Muerta de asquito y sin que un mal rayo me parta.

— Pero ¿qué es eso, querida; no estás contenta con tu suerte? Nosotros te suponíamos encantada de haber nacido, «orgullosa de eternidad», como los mármoles cantados por el poeta. ¿No eres la Meca — la Kaaba, más bien — de los romeros de la arqueología, ante la que vienen en jubileo a boquiabrirse los papanatas continentales, eurasiáticos, australasiáticos y tripleamericanos?

— Sí, es muy cierto; los papanatas todos del mundo, los papanatas de todos los tiempos, vienen aquí a dejar su tarjeta, a emborronar mi álbum...

— ¡Ahl... Pero ¿tienes un álbum?

— Un álbum mural: estoy horrorosamente tatuada de sandeces.

— ¡A ver, a ver!... Dinos: ¿qué te puso en el álbum Napoleón?

— ¿Napoleón? ¡Aquel señor rechonchete que iba siempre como amurcando con su cubrecabeza tricornio y que debía de estar tan enfermo?

— ¿Tan enfermo? ¿Por qué lo dices?

— ¿No se le veía a todas horas con la mano derecha sobre el estómago y la otra sobre los riñones?

— ¡Ah, sí! ¡Tiene gracial... Y ¿qué, qué te puso el corso?

— «Demasiado grande — escribió — para tumba de un faraoncete. Demasiado chica para pedestal de un Bonaparte...» En lo primero llevaba razón, lo confieso.

— ¿Entiendes, pues, que Keops no fué digno de poseerte?

— Entiendo, señores, que si todos los pueblos de la tierra, siguiendo el ejemplo del egipcio, hubieran levantado sobre sus muertos estos monumentos a la ignorancia que, en resumidas cuentas, venimos a ser las Pirámides, la tierra entera se hallaría hoy cubierta de pirámides y habría quedado convertida en un planeta completamente inhabitable... ¡Hay que matar a los muertos, señores! Mejor dicho, hay que *descadaverizarlos*; hay que devolverlos íntegros e inmediatamente al Gran Todo; hay que llevarlos a las fábricas de abonos, ¿comprendéis?

— ¡Eres grande, eres muy grande, Gran Pirámide!

— Soy como una joroba de dromeda-



Dib. TATITO. — Zaragoza.

EL BORRACHO. — ¡Qué valientel... Te atreves porque sois dos...

Ayuntamiento de Madrid

rio al lado de la torre Eiffel; eso es lo que soy. Me siento en ridículo, creedlo. ¿Qué vale, decid, junto a la gentileza, los calados y los caracoleos torreiffescos, mi mazacote de sillería? Además, soy una palurda, y ella, mi des-
emprimeradora, es una intelectual, una bella intelectual granmundana que, coronada de orientes y constelada de pedrerías en el brillante sarao de la noche, cautiva a todos con el soberano poder de su belleza, el interés de su amena charla y el hechizo de su alegría cosmopolita... ¡Oh, cuánto, cuánto la envidio! ¡Estoy ya de desierto y de eternidad hasta la coronilla, os lo juro! No voy a tener otro remedio, si es que quie-

ro distraerme un poco, que escribir mis memorias.

— Eso, dadas tus ideas, resultaría una inconsecuencia.

— ¿Por qué?

— Porque formarían otra pirámide.

— Es verdad... ¿Qué me aconsejáis? De buena gana me haría dinamitera, para poder poner fin a mi vida... ¡No, no quiero seguir aquí, sola como un hongo, triste como un sauce, aburrida como una ostral! Renuncio mi vicedecanato arquitectónico. Quiero ser bola de billar, *globe-trotter*, *supertanguista*..., cualquier cosa!... ¡Cualquier cosa, menos pirámide!...

MANUEL GALÁN

Relatos maravillosos

(Traducidos del norteamericano)

LAS JUDÍAS RIVALES

Lo que voy a contar sucedió hace unos doce años en San Francisco de California, que, como todos ustedes saben perfectamente, es una soberbia capital con vistas al campo y de una importancia y un tamaño tan respetables, que una infinidad de gente le llama San Francisco el Grande (y creemos que hace muy bien en llamárselo, porque si le llamara San Francisco, cometería una atroz injusticia).

Pero no divaguemos y vamos al asunto, porque ustedes tendrán que hacer y no es lógico que yo les entretenga con comentarios inútiles. El caso es que se estaban preparando por entonces las elecciones generales para la Presidencia de la República. Había dos candidatos, sobre todo, que tenían casi las mismas probabilidades de ganar: Weedford y Kingston, y tanto los partidarios del primero como los del segundo (que éstos decían que era el principal, aunque los del primero decían que el principal era el primero, y ustedes perdonen el lío), pues bien, tanto los partidarios de Weedford como los de Kingston extremaban sus procedimientos de propaganda hasta un punto realmente fantástico. Weedford ofrecía en su programa de gobierno la ley del divorcio triple, y Kingston la llamada ley del aguardiente triple, o lo que es lo mismo, que los ciudadanos americanos podían, con el primero, casarse hasta tres veces sin molestia, y con el segundo, emborracharse de años sin que ninguna ley seca se lo impidiera. Ambas cosas encantaban a los yanquis, y, como consecuencia, Weedford resultaba tan popular como Kingston, hasta el extremo de que se pensó que los dos fuesen Presidentes en colaboración, algo así como unos hermanos Quintero traducidos al inglés.

Por desgracia, Weedford y Kingston eran enemigos sistemáticos, y, quizás por ser enormemente gordos, no cabían los dos en el mundo.

Quiere esto decir que Weedford empezó a ofrecer a sus electores la Luna, y que Kingston entonces ofreció a los suyos la vía láctea.

La balanza seguía en el fiel cuando se le ocurrió a Kingston una idea peregrina: dar un banquete gratuito de seis mil cubiertos y pronunciar a los postres un discurso (no siempre había de ser Francos Rodríguez el que hablase en los banquetes). Pero Weedford no se arredró por eso, y organizó a su vez otro banquete de seis mil quinientos comensales, y también con discurso al final. Los electores de San Francisco pidieron que un banquete se celebrase de día y otro de noche, para tener el gusto de comer en los dos; pero Weedford y Kingston dijeron: «¡El que no esté con-



Dib. MURO. — Valencia.

— ¡Menos mal que a la hora en que caeré habrá terminado la corrida!

Ayuntamiento de Madrid

migo, está frente a mí», y ambos banquetes tuvieron lugar a la misma hora y en dos restaurantes contiguos. Todavía algunos sanfranciscanos vacilaron antes de decidirse por uno u otro banquete, esperando saber en cuál de ellos se comería mejor; pero al enterarse de que el *menu* era el mismo, dejaron de vacilar y fueron al que les cogió más cerca.

En el banquete de Weedford ocurrió, no obstante, un suceso peregrino, que causó enorme sensación: al concluir el tercer plato, que eran judías a la bretona, todos los comensales empezaron a sentir horribles síntomas de mareo. Se

les iba un color, se les venía otro, vacilaban, se retorcían entre espasmos, náuseas y angustias, y acabaron por rodar por el suelo en revuelta confusión. Nadie acertaba a explicarse la razón de mareo tan colosal, cuando Weedford exclamó con voz tonante:

— ¡¡Ya caigo, señores!! ¡¡Lo que pasa es que las judías que nos hemos comido eran del Barcoll!!...

En aquel momento, y en el banquete de Kingston (que ya hemos dicho que se celebraba pared por medio del de Weedford), se dejó oír un rumor creciente parecido al de un trueno. Un tableteo epantoso, un eco de terremoto, algo

indefinible llenaba el espacio con estrépito aterrador. Los convidados de Weedford escucharon horrorizados, creyendo que eran tiros o una explosión de petróleo, cuando apareció Kingston, y, dirigiéndose a Weedford con expresión triunfadora, le dijo:

— ¡Te he vencido!... ¡Tú has hecho servir a tus invitados judías del Barco, y yo también!... ¡¡Pero, para demostrarte mi superioridad, mis judías no eran, como las tuyas, de un barco corriente..., eran de un barco de guerra, y no lo dudarás con lo que estás oyendo ahí al lado!!...

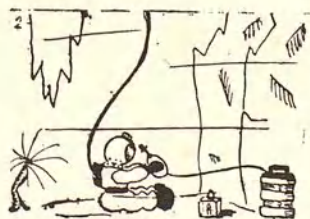
ERNESTO POLO

VIDA, TRABAJOS Y MUERTE DE UN BUZO DE MALA SUERTE

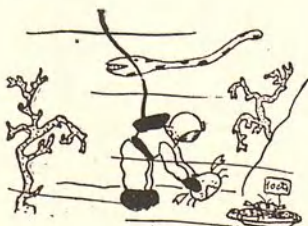
CUENTO INFANTIL



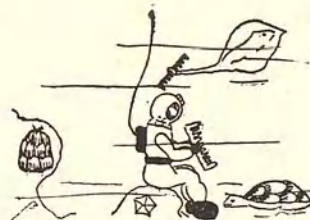
1. — Sin saberse de qué modo, en un puerto imaginario nació un buzo extraordinario, con su escafandrita y todo.



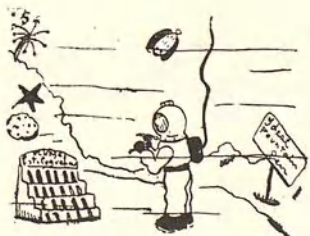
2. — Su niñez fué accidentada, pues se crió buzo tal con la leche merengada que existe en el mar Glacial.



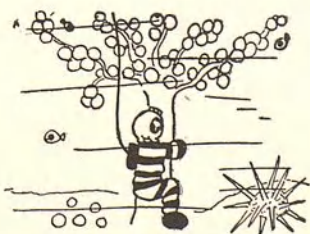
3. — Hombre ya, con gran arrojo corales pescó encendidos, y mil cangrejos cocidos de los que hay en el mar Rojo.



4. — En el mar Caspio este raspa con el trabajo apechuga, y hace «peines de tortuga del Caspio, para la caspa».



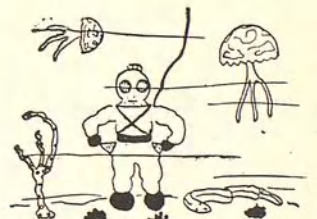
5. — En el mar Negro, con tinta humilde y formas seráficas, se ocupa en llenar de tinta las plumas estilográficas.



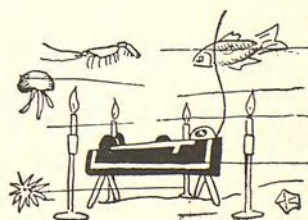
6. — Y con su escafandra a franjas pesca en el mar de la China la naranja mandarina... (¡A la mar fué por naranjas!)



7. — Harto este buzo magnífico de trabajar como un ganso, se hunde, buscando descanso, en el fondo del Pacífico.



8. — Y el peor de sus pesares es que, en términos redondos, se encuentra viejo y sin fondos en el fondo de los mares.



9. — Hasta que al fin, ¡suerte fiera!, el buzo pobre y sencillo, allá en el mar Amarillo ¡se quedó como la cera!

LUIS DE TAPIA

Dibujos de Almita Tapia.

Ayuntamiento de Madrid

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL CONSEJO SECRETO DE LA MODA

Para el hombre que quiera ser elegante todo serán dudas y sinsabores. No hay complicación más grande en la vida.

Antes de salir a la calle, frente a un espejo, se ajusta el nudo de la corbata hasta dejarlo prieto y diminuto. Se pone el chaleco después, desabrochado por sus extremos, y luego se calza los guantes amarillos y coge el bastón por el puño. Este hombre tiene ya el convencimiento de que saldrá a la calle como para que lo retraten en *Elegancias*.

Pero su felicidad será bien efímera.

Cuando salga a la calle se llevará grande el nudo de la corbata, el chaleco abrochado y el bastón cogido por la contera. Además, se habrá desterrado el uso de los guantes amarillos e im-

puesto el de la pipa y el de los calcetines acanalados.

Y con estos repentinos y volubles cambios de la moda masculina, el elegante vivirá en una constante zozobra.

En la calle se dedica a observar, poniendo toda su inteligencia en adivinar la corriente de la moda.

De todo ha de sacar sus consecuencias, para volver a casa con rico caudal de sabias normas, que son de fe para el elegante. «Ya no se llevan las corbatas de foulard de colorines; se usan de tonos más apagados.» «En verano los bastones son delgadísimos y con parches de cuero, y en invierno los bastones son gordos y rústicos, a ser posible.» «El sombrero se lleva echado para

atrás, muy abierto de raja.» «Decae el chaleco de punto de lana notablemente y las botas de caña de color.»

Creerá con esto el elegante poseer la verdad, el Alfa y la Omega de la elegancia, y rumiará estas máximas durante toda la noche para no olvidarlas.

A la mañana siguiente querrá ponerlas en práctica, y verá con dolo cómo ha cambiado ya la moda y cómo se vuelven a llevar los sombreros hongos y las americanas de punto.

Tan pronto se llevan para abajo las alas del sombrero, como para arriba, como una para arriba y otra para abajo, levantado de delante y de atrás; con un bollo, con dos o con tres; con el lazo a un lado, a otro, atrás o delante; o se llevan verdes, o grises claros, o negros, o marrón, o de alas anchas, alas cortitas, de fieltro, de castor o de terciopelo.

La americana puede ser, en término de dos meses, corta, larga, entallada, suelta; con trabilla, sin trabilla; con cinturón (¡ay!), sin cinturón; con una costura en la espalda, con dos; respunteada; con dos botones, con uno, con tres; con dos botones en las bocamangas, con uno, con tres, con cuatro, con cinco; sin botones; con solapas anchas, con solapas estrechas; ribeteadas con trenchilla, recta, curva, y de mil maneras más.

Y así sucesivamente en todas las prendas se distrae la moda en poner y en cambiar detalles nimios. Y decimos nosotros: «¿Quién es la moda? ¿Dónde está?»

Nuestras sospechas nos indican que la moda masculina es una sociedad secreta que da órdenes oportunas y severísimas en la cuestión de la indumentaria todos los días del año.

Y dirán ustedes: «¿En qué se fundan los cambios de la moda?»

¡Ah! Los cambios de la moda no tiene fundamento algunas veces (un día que el Príncipe de Gales, después Eduardo VII, salió a la calle con el último botón del chaleco desabrochado, por un olvido casual, los elegantes londinenses lo adoptaron inmediatamente), así como otras veces supone detenido estudio y largos debates entre los altos dignatarios del Consejo secreto.

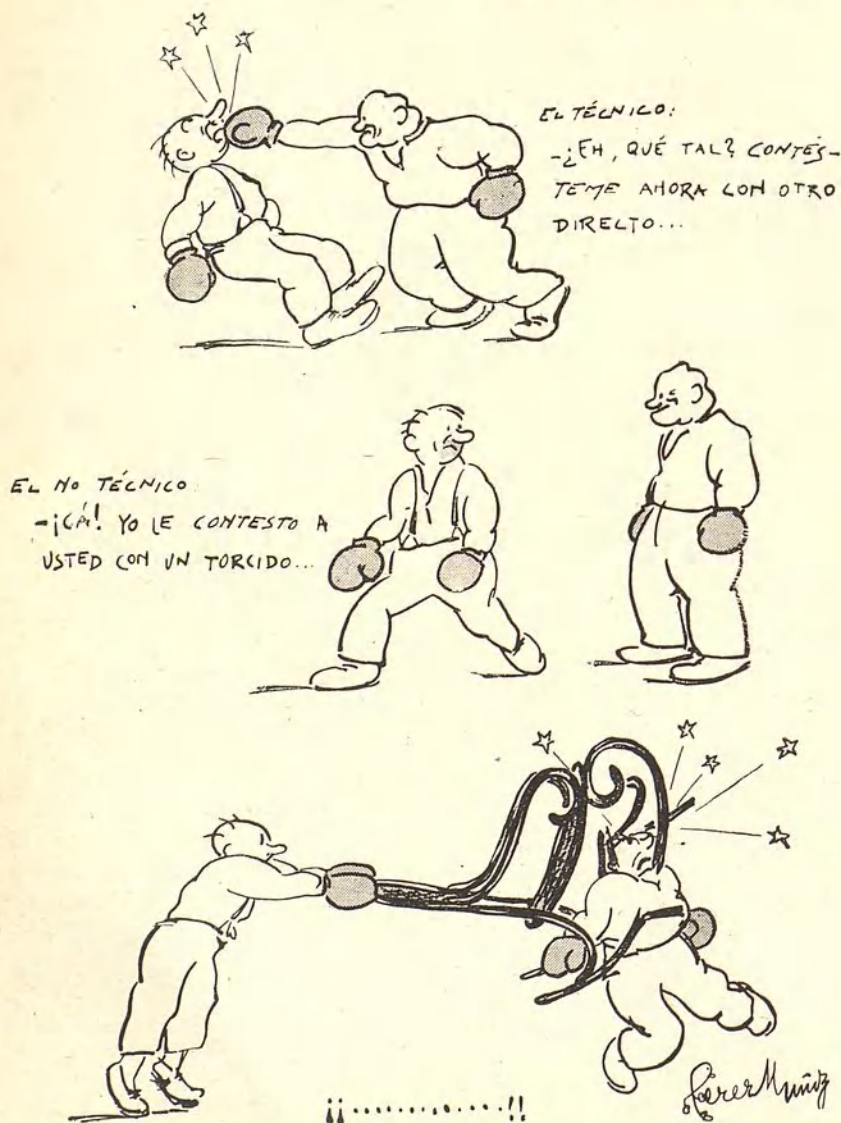
Otras veces, simplemente, basta una buena recomendación para decidir el color de las corbatas de última moda.

— Oye, ayer me he comprado esta corbata salmón floreado; ¿qué te parece? No está mal, ¿verdad? ¿Por qué no haces, tú que tienes tanta influencia, que se ponga de moda, aunque sólo sea por quince días?

— Veremos..., veremos. De todos modos, no te la pongas hasta que no esté aprobada por el Consejo.

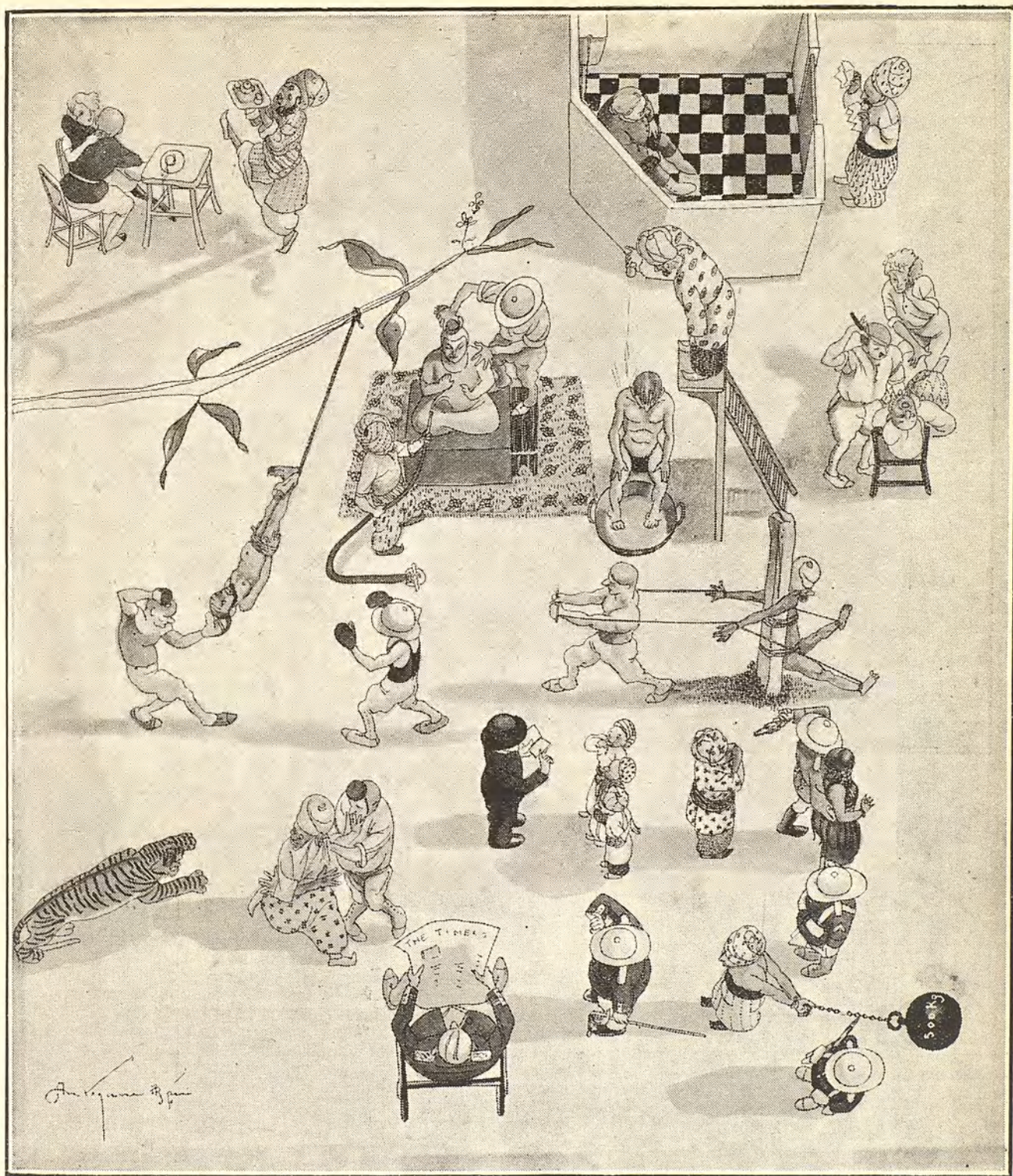
Al fin, el Consejo decide sabiamente. Dicta la nueva ley. El resto de los pollos sólo tendrá que imitarla, sin la menor objeción, ya que la más elemental condición del meritorio elegante es la fe, sin la que esta secta no podría existir.

José LÓPEZ RUBIO



UNA LECCIONCITA DE BOXEO, por PÉREZ MUÑOZ.

Ayuntamiento de Madrid



VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE AÉREO

BOMBAY.— CÓMO SE HACE EL «INDIO»

Dib. ANTEQUERA AZPIRI.
San Sebastián.



— ¿Qué es tu padre?
— Médico de Toro.
— ¡Ah!... ¡Entonces es veterinario!

Dib. ELÍAS DÍAZ. — Madrid.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

UN CONTRATIEMPO

Caro lector, como esto de los teatros en Madrid se va acabando por ahora, me veo obligado a hacer excursiones provincianas, con el fin de servir tu natural curiosidad y tenerte al corriente de lo que sucede por esos escenarios.

Una de las cosas que más ruido hizo estos días — ¡ya verás, caro lector, si es verdad lo del ruido! — fué la actuación de Hipólito Lázaro, el célebre divo, en el teatro Principal de Valencia.

El celebradísimo cantante se conformó modestamente con pedir ocho mil quinientas pesetas por noche, y ello obligó a la Empresa a cobrar más de siete duros por butaca y quince pesetas el *gallinero*. Como eran las fiestas de Valencia y había muchos forasteros, etcétera, etc., la primera noche cantó Láza-

ro y fué la cosa bien; pero en representaciones sucesivas ausentóse el *paletaje* y quedó el público inteligente valenciano, algo molesto, por cierto, ante lo que se hacía pagar el divo y lo que costaba la localidad.

Cantóse *Favorita*, y el auditorio estuvo francamente hostil; pero llegó *La Africana*..., y ¡ríanse ustedes del barranco del Lobo!...

Como gatos rabiosos aguardaban al tenor. Toses, rumores y taconeos fueron los preludios... Llegó el momento sensacional: el ¡*Oh Paradisso!*

Apenas había acabado el citado *Paradisso*, cuando creímos todos que el *paradiso* o *gallinero* se venía abajo. Yo tuve la desdicha de oírlo.

Ustedes no saben lo que son interjecciones; los que han ido a corridas de toros accidentadas no saben lo que son

silbidos... El teatro Principal de Valencia era una jaula de locos.

Ante aquella tormenta fragorosa, el divo adoptó una resolución de carácter genial... Y así habló:

— ¿Esto me hacéis? ¡Pues ya no vuelvo a cantar en Valencia!

Menos mal que en el mismo sentido se manifestaba el auditorio, que a grandes chillidos decía:

— ¡No vengas más! ¡No vengas más! En algo habían de coincidir el público y el divo.

DE UN ÉXITO

El ruidoso triunfo obtenido con *Cándido Tenorio* por D. José Fernández del Villar y el popular compositor Jacinto Guerrero trajo a los corrillos teatrales la vieja discusión de que si el éxito positivo de las obras líricas corresponde o no a la forma de presentarlas, al desfile de mujeres hermosas y a todos los restantes aspectos adjetivos de las producciones.

Unos afirman que el sainete en cuestión es maravilloso y divierte mucho al público sin necesidad de segundas tiples descacharrantes. Otros creen que este triunfo es algo ocasional, y que la excepción de *Cándido Tenorio* confirma la regla...

Nosotros creemos que toda obra buena, como la última de Fernández del Villar, se aplaude con o sin presentaciones fastuosas, y que una zarzuela o revista en la que se hayan gastado millones, si no vale nada, el público la rechaza violentamente.

Pero no íbamos a eso.

Pretendíamos referir una anécdota que se recordó con motivo de la disputa anterior.

Se aconsejaba a un empresario que modificase el *conjunto* de su compañía, agregándole ocho o diez segundas tiples de las más guapas que se encontraran. Se opuso con tenacidad el empresario.

— ¿Por qué esa obstinación? — le preguntaron.

— Es muy fácil — respondió —. Si tengo segundas tiples guapas, los primeros días vendrán los pollitos a hacerles el amor. En seguida entrarán en sus cuartos. Inmediatamente se harán novios. ¡Y acto seguido me pedirán vales *ellas* para *ellos*! No me conviene.

... ¡Y UNAS "BOFETÁS"!

Volvamos a las provincias.

Dicen que hace muy pocos días, una bellísima artista que da nombre, con un célebre actor, a un notable conjunto lírico, se manifestó agresiva con su compañero, le abofeteó en un ensayo, y por poco se disuelve el negocio...

Si quieren ustedes saber algo más, diremos que ahora trabajan en Barcelona...

José L. MAYRAL

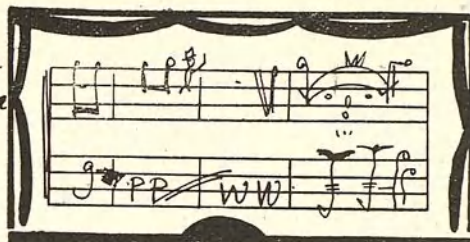
BENAMOR

Opereta de Paso y S. del Toro, música
del maestro Luna.

Algo del argumento

Un sultán que es sultana
Un hermano que es hermana
Una sultana madre
y un visir: que lo
que ella le dice,
él no lo puede oír.

(sigue al otro lado)

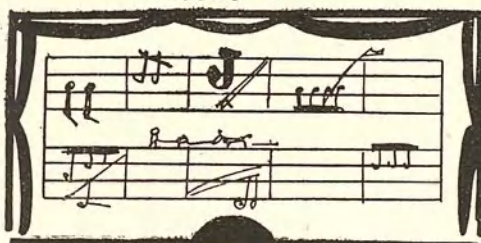


Acto 1º

En total que existe un lío
de padre y muy v. mio.
Hay amores, hay haren
Hay que ver amigos mios
Lo quapa que es la Escuer!

(J despues de esto ni un
palabra mas.)

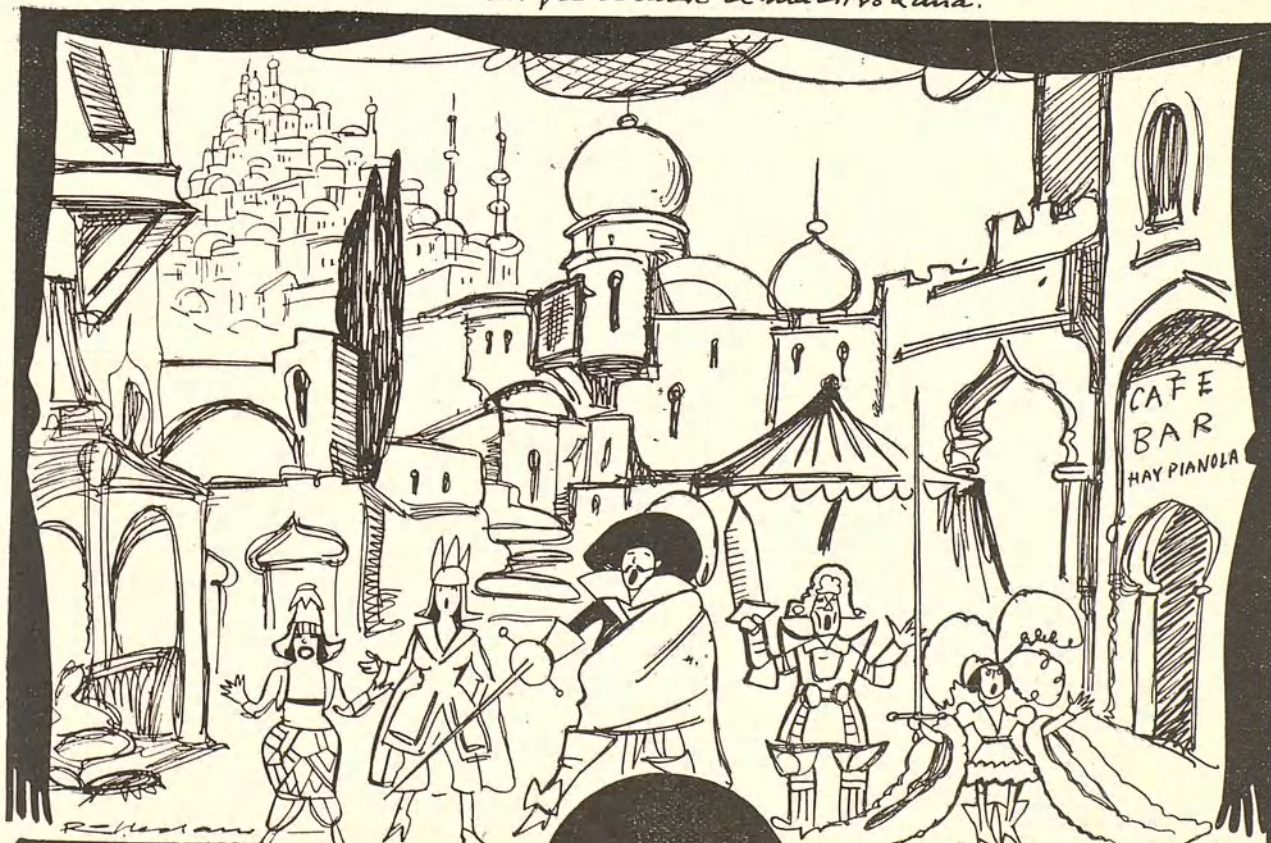
Acto 2º



Nota

Heur esido con-
veniente dar algo
de música. Los lecto-
res que tengan pia-
no y sepan tocar
pueden hacerlo y
si desean algún
numero mas, se lo
seguiremos enviando
sin que se entere el maestro Luna.

Acto 3º



"Por una mujer"; la de tonterías que suele uno hacer!

EL ÚLTIMO ESTRENO, por ROLEDANO.

ALREDEDOR DEL MUNDO CURIOSIDADES Y RAREZAS

I

Se ha averiguado que Adán y Eva no tenían dinero.

Por lo cual no nos extraña que les echaran del Paraíso, pues es indudable que no podían pagar la casa.

II

Hay en el ejército español tres figuras populares que tienen la suerte de poseer unas condiciones de cantantes, que si se dedicaran a la ópera, se harían ricos: son Weyler, Martínez Anido y Berenguer.

Berenguer es tenor.

Martínez Anido es barítono.

Y Weyler es bajo...

III

Después de registrada la curiosidad anterior, hemos averiguado otra cosa referente a la magnífica voz de tenor que tiene el amigo Berenguer.

Y es la siguiente: que mucha gente tiene miedo de que cante...

VI

Un gran músico francés, cuyo nombre me callo porque no quiero ponerle en evidencia (aunque hace tiempo que está muerto y le dará lo mismo), visitó una vez (cuando todavía estaba vivo) al genial Scribe, con la pretensión de pe-

dirle una obra para ponerle música y darse a conocer.

Scribe, a las primeras de cambio, advinó de lo que se trataba, y le dijo:

— ¡Usted lo que quiere es un libretol!

El músico asintió, y para dar más fuerza a sus peticiones, contó a Scribe que estaba en una situación económica aterradora y que necesitaba trabajar, porque hacía semana y media que no se llevaba a la boca ni un indecente men- drugo de pan.

Ante cuyas razones, Scribe rectificó:

— ¡Perdón, pero me parece que me he equivocado! ¡Usted no quiere un libretol! ¡Usted lo que quiere es una libretal!!

Y se la dió.

Y el músico no hizo una ópera con Scribe; pero hizo una digestión que todavía le corría más prisa que la ópera.

V

En vista del éxito que han alcanzado en Roma las corridas de toros, hay una gran inquietud entre los revendedores madrileños, porque, haciendo números y teniendo en cuenta lo poco que hoy valen las liras, han sacado la consecuencia siguiente:

¡Por el precio que ellos cobran por una barrera en Madrid, para ver palidecer a Lalanda y triunfar a Chicuelo como gran corredor pedestre, puede usted ir a Roma, presenciar una corrida y encima recibir la bendición de Su Santidad!

Y entre ver al Papa o ver una papa, la elección no es dudosa.

NÉSTOR O. LOPE



EL GÉNERO

«ALEGRE»

— Ahora estoy ensayando un cuplé precioso. Se llama La agonia de la epiléptica.

Dib. KAÑEO. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

TITIRIMUNDILLO

El propagandista italiano Tranquilli ha dado una conferencia en el Ate- neo y ha aconsejado que España vaya a Rusia.

¿A qué? ¿A pasar las negras como allí?

¡Pues sí que se habrá quedado tran- quilli el hombre!...

— ¿Has visto esa nueva bailarina de danzas egipcias?

— ¡Sí, chico; admirable! Ahora, que me maravilla cómo mueve el vientre con esa facilidad.

— ¡Quizás tome aceite de ricino an- tes de la representación!

«Un nutrido grupo de escritores.»

¿Nutrido ha dicho usted? Pues es verdaderamente raro, porque la lite- ratura no suele dar para nutrirse mucho.

«Una banda de falsificadores.»

¿Cómo se adelanta! Ya hasta los fal- sificadores tienen música.

Nos figuramos que esa banda toca- rá solamente fugas.

Vamos a cuentas.

«Masana cobraba el 50 por 100, y el empleado de Correos y su cómplice, el 60 restante.

Pues 50 y 60 son 110. De modo que se han pasado del 100.

¡Peor para ellos!

Madrid, por fin, tiene un orfeón.

¡Era de temer!

Hay que oír las voces que están dan- do los madrileños desde hace tiempo.

«La huelga del Metro tiene raíces hondas.»

¡Toma, y tan hondas!... ¡Pues así que no circula hondo el Metro!...

«Abuelo y labrador.»

¿Por qué no?

Al que cultiva la tierra, no se le prohíbe tener familia.

Un ministro asegura que espera la apertura de las Cortes con los pies fir- mes y los brazos cruzados.

Vamos, sí; haciendo de Don Tancre- do, como si dijéramos.

«El nuevo embajador de los Estados Unidos es hombre de larga carrera.»

Y tan larga, si ha venido a pie desde los Estados Unidos.



UN PSICÓLOGO

Dib. LÁMBARRI. — Zaragoza.

ELLA. — Son las tres. Voy a casa de la modista a probarme un vestido; no tardo ni diez minutos.

EL. — Bueno. No te olvides de que comemos a las ocho.

MI HUMILDE OPINIÓN

Cuatro estimados amigos me ruegan que manifieste mi opinión sincera sobre la cuestión de los banquetes sostenida por Benlliure, La Serna y ese pobre cronista que llaman Antonio Zozaya.

¿Quiéren saber lo que opino sobre tal asunto? Pues en breves frases lo diré. El abuso de los ágapes solemnes, con mal *menu*, brindis cursis y comensales, a veces, cuya vecindad nos gusta como gusta el escabeche de besugo a los becerros o el perejil a los peces, sobre costar muchos duros, es broma de mala especie.

Más de un compañero mío me dirá, seguramente, que hablo así porque a estas fechas (aunque vendí, por mi suerte, más libros que el que más venda y llevo cuarenta y siete años de estar publicando sin cesar en los papeles extravagancias festivas, las cuales es evidente que me han popularizado lo mismo en Chile que en Yepes), aquí, en Madrid, ni a un amigo (soy madrileño, que *cueste*)

se le ocurrió convidarme jamás ni a café con leche, mientras que en todos los pueblos donde puse los *pinreles* colmáronme de agasajos que habré de recordar siempre.

Más no es éste el fundamento de mi horror a esos banquetes ridículos que hoy a tantos cocineros enriquecen, pues ni envidias ni despechos mi sincera pluma mueven, ni tres rábanos me importa que en Madrid no se me obsequie.

Y no es que a mí no me encante comer con socios alegres (sin versitos a los postres ni prosa... a los entremeses). Mas ¿qué prestigio, qué crédito ni siquiera que deleite suponen para este viejo festivo que le festejen, cuando todo el mundo sabe que, si cuatro amigos quieren, se da el lunes un almuerzo a Pijámez porque en Dresde le tradujeron un libro, y el martes se da un té verde (o negro) al pintor Pamplínz porque vendió un cuatro en Elche, y se le da una comida a Perifóllez el miércoles

por el estreno de un drama que no se hará ni seis veces, y el jueves homenagean a un diputado silvestre por dos conferencias latas que dió en los Carabancheles, y el sábado dan un desayuno de honor a Gutiérrez por haber hecho un soneto de once versos a San Lesmes.

Agapes grandes y caros (o sólo *agapitos* débiles) al que emigra, porque emigra, y al que vuelve, porque vuelve, todos los días del año tenemos cincuenta y siete, y no hay bolsa que lo aguante ni estómago que lo *cuenta*. En cambio, ¡cuántos amigos de balde comen y beben organizando homenajes en restaurantes y hoteles!...

Yo voto porque los justos con profusión se celebren; mas no los innecesarios que surgen continuamente...

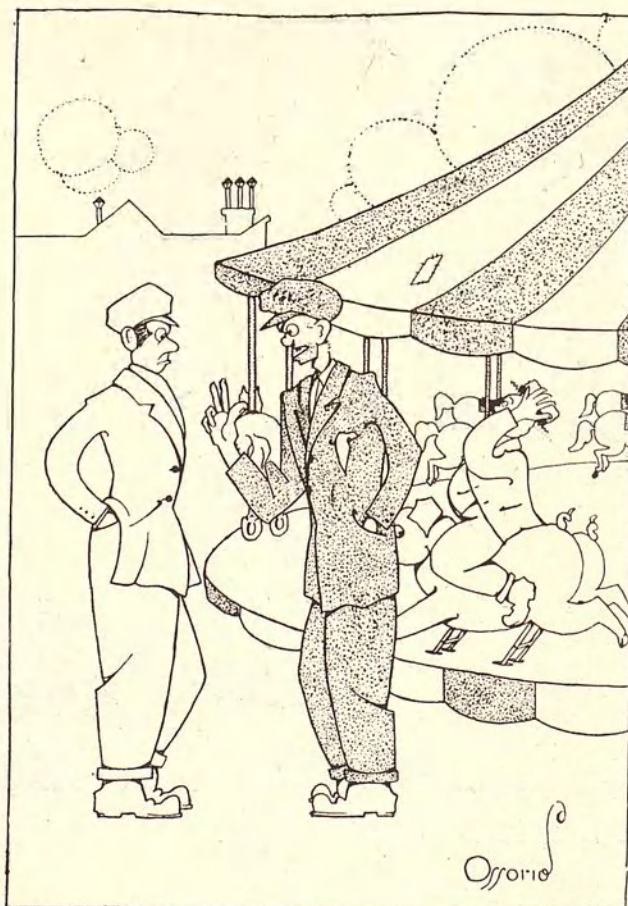
Mariano Benlliure y Tuero: ¡tú eres un hombre, qué *leñe!*... ¡Qué liga la liga tuya en contra de los banquetes!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib. YOLIF. — Melilla.

— ¿Pican, pican?
— ¡Ca, hombre, ni por una apuesta! En cambio, aquí al chava se lo comen.



Dib. OSSORIO. — Madrid.

EN LA VERBENA

— Mira, chico: conmigo que no se metan, porque tiro de revólver y no dejo un tío vivo.

Ayuntamiento de Madrid

SAINETES RELÁMPAGOS INDALECIO "EL CARPENTIERE"

Personajes. — Eusebio Romerales, cincuenta años, vidriero. — Damiana Pe-reagua, cuarenta y ocho años, sus labo-res. — Indalecio Romerales, diez y ocho años. — Faustino Jadraque, cincuenta y tres años, estuquista.

La acción en una portería. Las nueve de la noche. En escena Eusebio, Damiana e Indalecio. Em-pieza la acción.

DAMIANA (a Eusebio). — ¡Pero, Usebio, deja ya al chico!... ¡Que me ties la sangre rehogál!

EUSEBIO (hecho una fie-ra). — ¡Lo que yo le dejo es sin apéndice nasal!

DAMIANA (agarrándole de un brazo). — ¡Pero, Usebio!...

INDALECIO (lloroso). — ¡Amos, padre! (Casi sin voz.)

EUSEBIO. — No; si ahora atarazo mis energías, es por-que esa majuela afónica tie una docena de pañuelos sin estrenar, y es un dolor que no se utilicen. Pero ¡vamos!... En cuanto se rompa la docena, ¡le traslado yo a ése las nari-ces al Ruhrel!...

DAMIANA. — ¡Usebio, no seas acémilal! (Conteniéndole.)

EUSEBIO. — ¡Si uno no mi-rara que es un ser coscientel!...

INDALECIO. — ¡Pues a ver si yo hago mal a al-guien! ¡Si me tira el ofi-ciol!...

EUSEBIO (a Da-miana). — ¡Pero tú oyes eso? ¿Es que no tengo razón pa ha-cerle astillas el bau-tismo?

DAMIANA. — ¡Use-bio, por tu madras-tra, que si te dejas llevar de los símpe-tus va a haber aquí una tregedial!... Que siga el chico su afi-ción!...

EUSEBIO. — ¡Qué la siga cuando yo esté amajomao; pero mientras yo viva, no, porque co-meto un hijiciol!... ¡Maldito sea el es-tambre! ¡Maldita sea la quinal!...

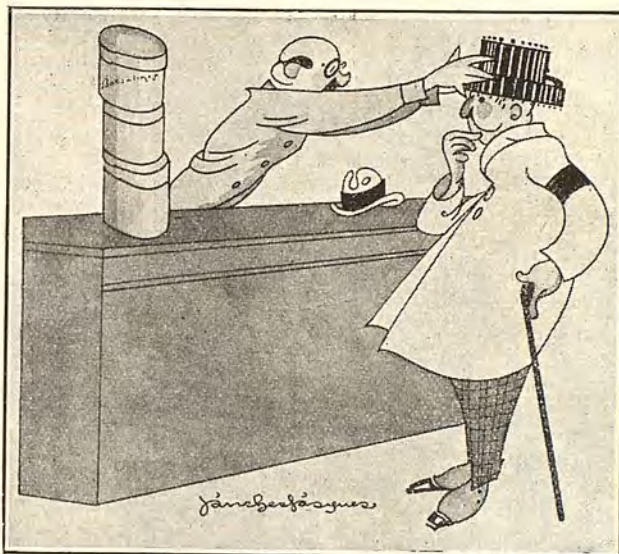
FAUSTINO (apare-ciendo en la puer-ta). — ¿Se pue pen-etrar en la intimidad de la mansión?

EUSEBIO. — ¿Eh?...

¡Ahl... Pasa, Faustino, pasa. (Se sienta abrumado.)

FAUSTINO. — Agradeciendo la intro-ducción. (Entra.) ¿Qué sus ocurre, que huele el éter a bofetás?

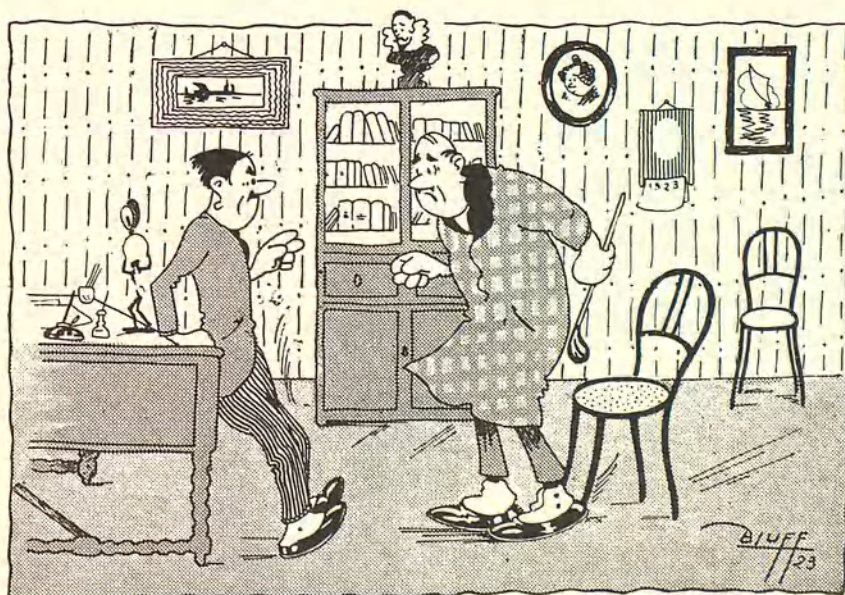
EUSEBIO. — No me hables, hombre, que tengo un humor pa un herpético...



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Si; la pobre de mi señora falleció el mes pasado.

— Cuánto lo siento, don Eulogio. Ahora, a tener mu-cha paciencia, y ¡a conformarse!



Dib. BLUFF. — Madrid.

— ¡Nunca lo creyerá! ¡Es usted un ineducadol!

— ¡Caballerol!... No ha habido todavía nadie que se atreva a darme a mi lecciones de educación!

— Por eso, sin duda, es usted un ineducado.

FAUSTINO. — Pero es que la Damiana está más nerviosa que un flan. Y ese chico tie una cara que paece un derribo. ¿Le has sacudío estopa?

EUSEBIO. — Yo le he amagao na más.

FAUSTINO. — Pues si le llegas a pegar, lo haces partículas.

DAMIANA. — Usebio no le ha puesto la mano encima. Eso que tie el chico en la cara es de un encuentro.

FAUSTINO. — ¡Caray! ¿Se ha encontrao con El Cabayero Audaz?

EUSEBIO. — Se ha encontrao con un ojo escalfao.

FAUSTINO. — Bueno, ¿qué ha pasao, Usebio?

EUSEBIO. — Pláticas de fa-milia. Que estoy más quemao que una esteárica. Que ese hijo no me deja aspirar el aire con sosiego, que se ha propuesto que yo la diñe, y antes de un mes me escoltas pal Este.

FAUSTINO. — ¡Pero, hombre! Le pones a uno el corazón como un solomiyó. ¿Qué ha hecho el chaval?

EUSEBIO. — ¿Qué ha hecho? ¡Maldito sea el vitriolol! El In-dalecio, el que parecía tan for-mal, y tan serioté, y tan mo-doso...

FAUSTINO. — ¿Qué?...

EUSEBIO. — Que me se ha hecho púgile.

FAUSTINO. — ¿Pú-gile?

EUSEBIO. — ¡Púgi-le! ¿Voy a estar contento? ¿Me voy a conformar? ¿No ten-go motivos pa que me se reboce el hí-gado de indinación?

FAUSTINO. — ¡¡Na-turalmente!! ¿Pero, Indalecio, no te da vergüenza haberte hecho púgile? Oye, Usebio, ¿qué es pú-gile?

EUSEBIO. — ¿No lo sabes?

FAUSTINO. — Como viajando no he pa-sao de Humanes, no estoy al tanto.

EUSEBIO. — ¿Tú has ido a los toros alguna vez?

FAUSTINO. — ¡Con una infinidaz de fre-cuencial!

EUSEBIO. — ¿Y has visto pegarse a dos aficionaos?

FAUSTINO. — ¡Un océano Pacífico de veces!

EUSEBIO. — Pues esos dos aficionados que se pegaban eran dos púgiles en aquel momento. Considera...

FAUSTINO. — ¿De modo que el ser púgile es sacudirse gachapazos en los mo-fletes?

EUSEBIO. — ¡Caball!

FAUSTINO (a Indalecio). — ¡Pues has elegido un oficio pa quemar las grasas!

EUSEBIO. — A mi primerogénito le encanta ese esporte que se llama boseo. ¡Mi madre!

FAUSTINO. — ¡Chavó! Ya sé lo que dices. Es eso que se ponen dos tíos en calzoncillos, y con unos guantes muy gordos se arriman cates hasta que uno se priva...

EUSEBIO. — Eso.

FAUSTINO. — ¡Qué brutal! Me acuerdo que vimos una bronca de ésas en el cine, y me se desmayó la parienta.

DAMIANA. — Es que la Ugenia es más delicá que la semiseda.

FAUSTINO. — Y que sufre de cardíacos los días nones.

EUSEBIO. — Pues el hijo de mi alma combate tos los lunes.

FAUSTINO. — ¿Le pagan?

EUSEBIO. — ¡Le pagan!

FAUSTINO. — No es idéntico...

INDALECIO. — ¡Pero si aun no me han echao uno que no le deje nocáu, qué me van a pegarl...

FAUSTINO. — ¿Cómo dices que les dejas?

INDALECIO. — Que dejo a los contrincantes nocáus.

FAUSTINO. — ¡Pues ya verás el día que te dejen también a ti esnucaol... A ver si la vida la tie uno pa jugársela a la taba...

INDALECIO. — ¡Anda mi madre! Si nocáu quiere decir sin conocimiento... Es una palabra inglesa.

EUSEBIO. — ¡Cállate, Indalecio! Te he dicho que delante de mí no ties que nombrar tan siquiera el boseo; ¡y como yo sepa que te sacudes otra vez, te lisiol...

FAUSTINO. — Cálmate, hombre, cálmate... Anda, explícame cómo es eso del boseo, porque en el cine no lo pude apreciar.

EUSEBIO. — Pues una bestialidaz: figúrate que los púgiles se suben a un tablaol...

INDALECIO. — El rin.

EUSEBIO. — ¿Eh?...?

FAUSTINO. — Es que te dice las palabras técnicas.

EUSEBIO. — Bueno; suben los púgiles, y van unos gachós y les vendan las manos.

FAUSTINO. — ¿Antes de suministrarse tortazos y de hacerse chirlos?

EUSEBIO. — Sí.

FAUSTINO. — ¡Ahí va, qué raro!

EUSEBIO. — Y deseguida les ponen unos guantes que pesan media libra de chocolate.

FAUSTINO. — ¿Y eso...?

EUSEBIO. — Digo media libra de chocolate, porque son de seis onzas casi siempre.

FAUSTINO. — Ya.

EUSEBIO. — Suena una campana...

INDALECIO. — El gon.

EUSEBIO. — Este le llama gon; pero es una campana, ¡qué historias!

FAUSTINO. — Si ahora le ponen motes a to. ¿Cómo crees que llaman a los automóviles?

EUSEBIO. — ¿Cómo?...?

FAUSTINO. — Rollesroices.

EUSEBIO. — Ganas de complicarse la vida... Yo eso no lo digo ni con silabario.

FAUSTINO. — Prosigue la narración, que es istrutiva.

EUSEBIO. — Bueno; pues suena la cam-



UNA INGENUA

Dib. PRUNIERE. — Madrid.

— Estoy encantada de cenar contigo, querido, porque además convidarás a mi novio, ¿verdad?

Ayuntamiento de Madrid

pana, los púgiles se acercan y se dan la mano.

FAUSTINO. — ¡Mi padre! Pero ¿los que se van a endilgar morrones?

EUSEBIO. — Sí.

FAUSTINO. — ¡Es que se tira uno de risa!

EUSEBIO. — Se saludan muy finos, y a escape, ¡zas!, la primera guantá.

FAUSTINO. — Pero ¿quién la arrea?

EUSEBIO. — ¡Toma! El que madruga. Y el otro, ¡pum!, le contesta con un zurrio, que nos lo dan nosotros y nos sirven en lonchas.

FAUSTINO. — ¡Calcula!

EUSEBIO. — Y así se están dos minutos o tres... Vuelve a sonar la campana, sientan a los púgiles en unas sillas y les principian a dar aire con un trapo y a restregarles con limón. Y pasa un minuto, quitan las sillas y, ¡cataplum!, a sacudirse la polaina otra vez. Y así hasta que uno cae esnocáu de eso, que se queda en el suelo como una estera.

FAUSTINO. — ¡Hay que ver!

EUSEBIO. — Y a todo esto, ties que oír al público. Uno grita: «¡Trabájale el estómago!»

FAUSTINO. — ¡La panocha!

EUSEBIO. — Y otro dice: «¡Hazle crochet!»

FAUSTINO. — ¡Arrea!

EUSEBIO. — Y otro: «¡Dale el de arpen!»

FAUSTINO. — ¡Mi abuela!

EUSEBIO. — Y otro: «¡Márcale un directo!»

FAUSTINO. — ¡Rediez!

EUSEBIO. — Y un tío que está danzando al lao de los púgiles todo el rato y que parece que los va a separar, pero es que se lo cree uno, cuando cae el esnocáu le levanta el brazo, como quien hace gimnasia, al que está tieso aún, y todo el mundo empieza a aplaudir hasta que se hacen callos en las palmas con los dátiles.

FAUSTINO. — Me percató.

EUSEBIO. — Oye, tú, Indalecio. (Se vuelve hacia su hijo; pero Indalecio ha desaparecido.) Pero, Damiana, ¿y el chico?

DAMIANA. — Se ha escapao mientras hablabais.

FAUSTINO. — ¿Te se ha dao el piro?

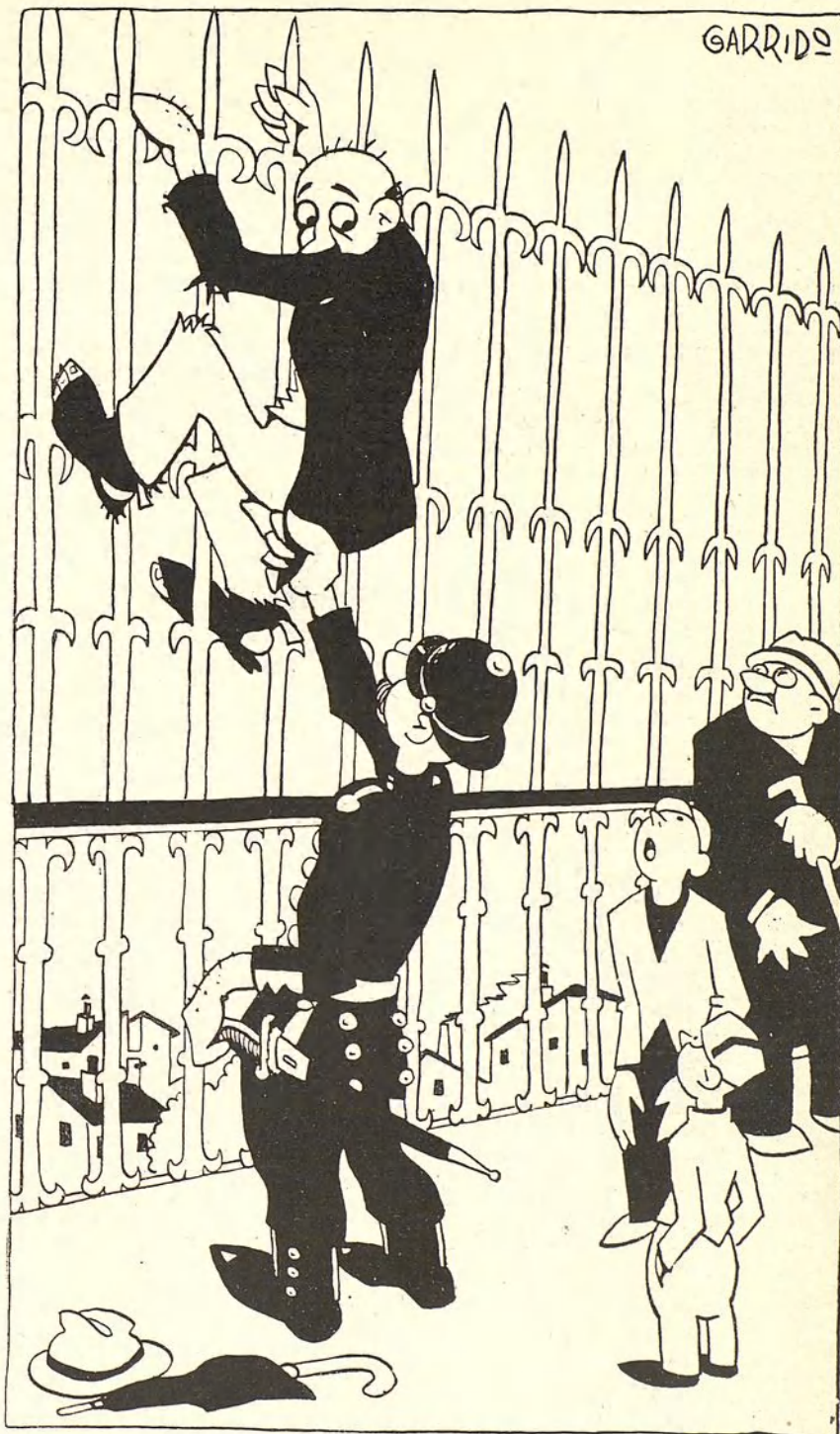
EUSEBIO. — Pero ¿y dónde se ha marchao?

DAMIANA. — ¿Dónde va a ser? A bo-sear; hoy había combate.

EUSEBIO (furioso). — ¡Maldita sea mi vida! ¡A ese hijo lo mató! ¡Yo lo busco y lo ahorco! ¡Yo lo fusilo en cuanto lo pesque!... (Llevándose aparte a Faustino.) Chico, ahora que no nos oye, te digo que el Indalecio es un hacha. Zorra a todos. En donde bosea le llaman Indalecio el Carpentiere... Anda, vamos a tomar dos generales y le vemos atizar, ¡porque pega el ángel mío que da gloria vislumbrarle!...

TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¡Déjeme usted, guardia, que no me voy a hacer daño!... ¡Soy Polo, el de las películas!...

Charlas de mi barrio

— Pero, ¡mi madre!, Gorgonio, ¿qué te ocurre? ¿Te ha pisao la cabeza un auto?

— ¡Calla, hombre, callal...

— ¿O es que regresas del Tercio?

— ¡Calla, hombre, callal...

— ¿O es, por un casual, que anuncias algún aparato ortopédico?

— ¡Calla, hombre, callal...

— Pero, bueno, ¿me quieres decir de una vez por qué llevas la cabeza vendá de esa forma?

— ¡Rediez!... Hace un cuarto de hora que te estoy diciendo que te calles pa narrarte el hecho.

— Venga.

— El hecho y el deshecho; porque la armazón del casco me la han dejáu que parece un derribo.

— Pero ¿cómo ha sido ello? ¿Es que has hecho las paces con la Trini y has vuelto con ella?

— ¡Vamos, calla, so litri! Si me ves vendao hoy día de la fecha, es debido a que he querido llevar a la prática una nueva invención que ha hecho un farmacéutico del Perú que lo tie alojao la Antonia desde hace quince días.

— ¿Una invención?

— ¡Casi nada! El telequino del amor.

— ¿Y eso qué es?

— Te se va hacer algo raro, porque, sin ofenderte, tú de ilustración estás peor que de ropa, y te se cuentan diez y seis remiendos en el mejor chaleco que te he visto.

— Si empiezas a molestar...

— No es para ofenderte, Rufino, porque de sobra me costa que no es culpa tuya.

— Entonces...

— ¡Pero hombre!... Si a la Trini le diera por cuidar de ti, en lugar de largarse a bailar a las Ventas o a la Bombilla...

— ¡A mi mujer la dejas quieta!

— Pa mi..., ¡inmóvil! Pero aquí pa entre nos, te digo que si tú vas hecho un pingo, es debido a que ella es también otro... poco descuidá.

— ¿Vamos a dejar a las familias?

— Como quieras.

— Y relata ya el hecho.

— Pues verás: ese tío, que además de ser del Perú, se llama don Ismael Centollo, ha inventao el telequino del amor: un aparato a base de hinotismo, imanismo y telefonía privá sin hilos, que es la maravilla más grande que pueda coger en cabeza humana. Tú figuraté que coges el aparato, se lo enfocas a una señora dende quince metros de distancia, lo haces funcionar, y a los tres minutos ties a la dama más blanda que el acreditao de Miraflores, lanzándote miradas incendiarias, demente por tus huesos y en disposición de que la digas: «Sígueme y no me hables, que pasa un guardia.»

— ¡Valiente película!

— No seas atrasao, Rufino, que la cosa tie su explicación. Lo mismo que a través de las ondas se envían las palabras o la dirección pa un barco, con este nuevo telequino se mandan adonde se quieren las corrientes de deseos que se apetezga, o sean los rayos de pasión con los que se ha de inflamar el corazón que actúa de recibiente. ¿Te enteras?

— Bueno; ¿pero eso qué tie que ver con tu cabeza?

— Pues verás: Hoy me pongo a ensayar el aparato en la calle de la Argumosa, se lo enfoco a una jamona, algo chata, que estaba arrellaná en un balcón de un piso cuarto, empieza el telequino, ¡y como si nal..., la señora que no se estremecía. Empiezo a ayudar con señas el funcionamiento del aparato, y, ¡chico!, la enfocada, que debió de interpretar torcidamente mis ademanes, cuando más entusiasmao estaba y ya creía que el asunto se me ponía en condiciones, ¡zas!, me larga un tiesto a la cabeza, que pa mí que debía tener plantao un olmo, porque, ¡chico!, me dió un porrazo que me desvanecí.

— Pues si que es una ganga el aparatito.

— Mira, Rufino. Todos los grandes inventos han tenido sus mártires; eso aparte de que to el que trajina en cuestiones amorosas, con o sin aparato, de vez en cuando sale empitonao.

— Eso es verdad.

— ¡Pero hombre! El aparato tendrá sus imperfecciones; pero es un invento que ha de quitar la cabeza.

— Eso sí que pues decirlo, porque no hay más que ver cómo te ha dejao la tuya.

JOSÉ DE LUCIO



Dib. BILBAO. — Madrid.

— Los cuellos blandos se los pondré a tres pesetas el par

— ¿Y los duros?

— Los duros, a cinco pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA CANDIDATURA BÉGUIN, por Pierre Thibaut

El día 5 de abril de 1950, al sonar las doce campanadas de la media noche, los parisienses supieron la gran noticia.

En una memorable y pesada sesión, que marcaba el fin de la legislatura, el Parlamento acababa de acordar la concesión a las mujeres del derecho del voto.

La nueva ley empezaría a regir desde las próximas elecciones, fijadas para el día 24 del mismo mes.

Habiendo aparecido en uno de los diarios que publicaron hojas extraordinarias esta información verdaderamente sensacional, Adonis Béguin, tenor, se colocó delante de la luna de un escaparate y contempló su figura. Ya la conocía él, y la juzgaba agradabilísima; pero esa noche le pareció admirable.

— ¡Dentro de tres semanas seré diputado!...

Y una voz lejana le decía con dulcísimo acento, como un canto de su corazón.

— ¡Me veo!... ¡Estoy en un escaño!...

Al día siguiente, grandes tiras de papel gris perla, verde amante y azul tierno anunciaban al pueblo la candidatura legislativa de

ADONIS BÉGUIN
TENOR

A la gente le hizo mucha gracia aquello. Una nube de *affiches* hacían estos comentarios:

¿Cuál es su programa? El tenor se divierte. ¿De dónde sale ese ruiñeñor?

Monsieur Béguin respondía lacónicamente:

El que ría el último, reirá dos veces. ¿Mi programa?... ¡Por la mujer! ¡Por el amor! ¡Por el arte! Siempre nuevo.

Nueva hilaridad de sus adversarios y nueva cruzada de papel multicolor. Querían apelar al buen sentido de los electores; estaban persuadidos de que aquel *histrión* no podía triunfar, que no tenía representación ni autoridad política. Por último, se le invitaba a exponer su sendo programa en un mitin enemigo.

El candidato Béguin no rehusó esta invitación.

En el estrado se instaló deliberadamente en un fondo rojo puro, para buscar el contraste.

Sucesivamente, los candidatos *serios*, igual que pequeñas *marionettes*, pasaron por la tribuna, exponiendo sus teorías.

El auditorio, compuesto en su mayoría por mujeres, no manifestó más que una cortés indiferencia: esperaba a Béguin.

Y Béguin, en fin, se levantó y dijo:

— Señoras, caballeros, electores, enemigos políticos: *Carmen*. Segundo acto. Romanza de Don José.

Fué una apoteosis. El tenor se ganaba los corazones a cada nota y se llenaba de admiradores.

En vano el presidente agitaba la campanilla para calmar el estruendo. Los enemigos rugían exasperados. Más de doscientos pañuelos perfumados habían volado por la sala, para caer rendidamente a los pies del cantante, como un

enjambre de flores voladoras llenas de amorosa emoción.

Al acabar su último trino, Adonis anunció, con una flemma desconcertante:

— Mi retrato se distribuirá a la salida.

En vista de este éxito resonante, sus enemigos redoblaron los insultos y las calumnias: le acusaban de haber abusado de su nodriza a los tres años, de vivir a costa de una portera sexagenaria y depravada, de ser un hombre escuálido y enfermizo, etc.

Béguin respondía tranquilamente:

— Mañana, durante la votación, el candidato Adonis Béguin cantará Manon en el colegio de la calle Machin.

Fué elegido por una mayoría asombrosa.

A. R. H.



Dib. DOLFOS. — Madrid.

— ¡Por Dios, señor ladrón!... ¡Quítame, si quiere, la cadena; pero no la vendas!...

Ayuntamiento de Madrid

UNA IDEA

Demasiado se ha escrito sobre este tema. En el ocaso del teatro de Muñoz Seca, y con la sorpresa del premio Nobel a D. Jacinto, cuyas obras apenas si se representan, la decadencia del glorioso teatro hispano parece un hecho.

Y no será porque el rendimiento que produzcan las obras buenas sea en estos tiempos inferior a los de Mari Castañeta.

Que auxiliados por el clásico velador interroguen al espíritu de Calderón de

la Barca, y verán lo que es bueno. ¡Veinte mil duros *El Alcalde de Zalamea*! ¡Ni veinte mil céntimos siquiera!

Les falta, en cambio, ahora a los autores un estímulo de orden moral. Algo que, sin ser pesetas, conmueva de alegría y colme de beneficios.

A falta de una varita mágica como la que Moisés utilizó en sus excursiones a la caza de la Tierra prometida, ¿no podrían ofrecer empresarios a escritores, en calidad de premio extraordinario, un tubo de pasta dentífrica Sanolán?

¡NOVIAS!

Si quieren, su equipo de boda y ajuar de casa será gratis : - : Pidan catálogos e instrucciones a los

ALMACENES
APARTADO 7.005

GASPAR OLIVAR, 1
MADRID - 7.ª

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Pepe y Victorio. Carrión de Calatrava. Excesivamente *dislocado*. Tiene algún que otro detalle gracioso, dicho sea en su honor.

Artistastro. — ¿Quiere usted que lo publiquemos? ¿Le hace a usted aquí mismo, que ocupa menos sitio? Pues ¡ahí val.

«EL GRAMOFONO»

«Antes de ayer he comprado una máquina parlante, porque, la verdad, al cante soy bastante aficionado. Es un precioso aparato, ni muy caro ni barato; pero le ocurre una cosa: pongo las placas de prosa, vamos, por ejemplo, un cuento, le doy cuerda, y al momento funciona que es un encanto. Pongo las placas de canto, y, con pena, veo que aquello no suena. De este defecto que tiene, el por qué he buscado en vano; y es porque, para que suene, hay que ponerlas de plano.»

Franco Oliván. Zaragoza. — Voy a serle a usted *franco* yo también. Ese cuento lo conocíamos desde *chequiticos*, maño.

El Botones. — Eso lo hace mucho mejor

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

que usted nuestro agente anunciador *Néstor O. Lope*.

C. E. Madrid. — No sirve.

A. R. — Muy hecho.

Ladislao. Madrid. — Te has equivocado, Ladislao.

H. Pipo. — Da la casualidad de que para dibujar no sobra el saber un poco dibujo, ¿sabe usted?

Analabab. Barcelona. — El cuento ya lo sabíamos de memoria: es una anécdota bastante conocida. Los chistes, ya son otra cosa. Se cobran los originales artísticos y literarios y los chistes premiados en nuestro Concurso permanente.

Cebedeo. Jaén. — No sirve. Recuerdos a sus hijos.

El Prudente. Pozaldez. — El imprudente,



mejor dicho, por meterse en cosas que no sabe hacer.

A. R. Guadalajara. — No dicen nada nuevo esas *Curiosidades*.

Pachín. Madrid. — El dibujo no está mal del todo; pero el chiste no vale. Haga usted otras cosas.

Enrique Soto. Madrid. — ¡¡¡Ay!!! que ver, señor Soto. Es una verdadera pena que no sean conocidas y admiradas sus poesías.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

Nosotros queremos contribuir a que su nombre pase a la posteridad y le publicamos *La suerte de Adán*, sin quitar ni poner absolutamente nada: así conserva la poesía toda su repajolera gracia:

«LA SUERTE DE ADAN»

«¡Ay! que ver! la suerte que tuvo Adán
Ni necesito botas ni gaban
Y hasta la manzana la comió sin pan
¡Ay que ver! la suerte que tuvo Adán
«Vino a este mundo
Hecho un hombre ya formal
Y hasta una Eva le dieron al despertar
Y siempre que adora le entregan una mujer
guapa y sin madre
¡Mas suerte no puede ser!
¡Ay que ver! Cuantos maridos envidiarán
A aquella suerte que tuvo Adán
Cuantos maridos envidiaran Adán
Vino a este mundo con una suerte brutal
pues aun no había ni aeroplanos ni ná
Ni había viejas ni concejales ni juez
Ni timadores ¡mas suerte no puede ser!
¡Ay que ver! cuantos mortales envidiaran
A aquella suerte que tuvo Adán
Cuantos mortales envidiarán Adán

»Y se vuelve a repetir lo primero de este cantar.

»ENRIQUE SOTO Y SOTO,
(*El Escobero*).»

Bernardino Ruiz, Rafael López, Antonio Escrin, Teófilo Gordejuela, Marcelino Moreta, Francisco Vera y Emilio Montes, del Centro Elect. técnico (Unidad Automovilista de Ingenieros), Melilla, quieren su *madrina de guerra* cada uno.

Amussant. — Recibimos su gazapo, cogido al vue'o de una novela publicada en la *Novela Corta*, firmada por Diego San José, titulada *El mal amor de una reina*, tan parecida a uno de los *Cuentos crueles* del conde Matías Villiers de L'Isle Adam, titulado *Reina* y publicado en 1889, antes de morir su autor. El asunto es el mismo, los nombres (Isabel de Baviera, Marelle, Berenice...), la apuesta, el incendio, el rapto de la joven, la prisión del que no pudo decir que al cometer el crimen, estaba en la cámara real el abogado que sustituye y liberta al preso...

Lamentamos con usted que nuestros escritores recurran a estos *extremos*, pudiendo hacer las cosas como Dios manda, con la cabeza propia.

M. S. L. Madrid. — Su cuento, *El sueño de Gustavo*, es un poco inocente en su desenlace. De todos modos puede usted hacer algo más... Está bastante suelto y movido.

— ¿Has visto *Quinito* qué mujer tan guapa se ha llevado, siendo él tan feo?
— ¡Sí es feo, sí! ¡Pero usa Licor del Polo de Orivel!

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

No cabe la menor duda...
Las imitan; pero en vano.
¡Pastillas, las de la Viuda
de Celestino Solano!

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS. SOLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

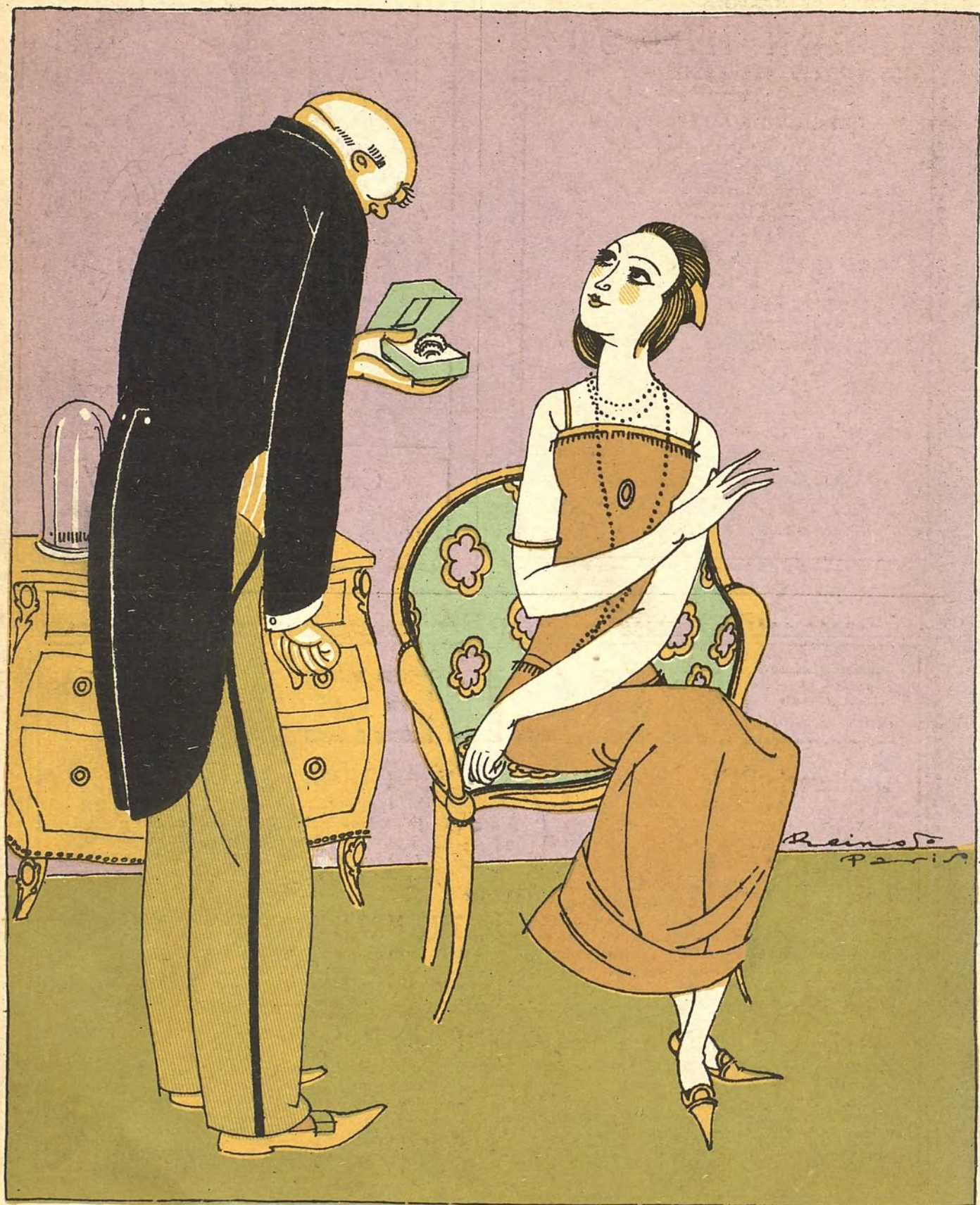
Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas. A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Kachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Hermanos. — BADALONA (España).



Ayuntamiento de Madrid
— Hónreme, Marquesa, aceptando este modesto presente.
— ¡Oh!, diga más bien pretérito, amigo.

Dib. REINOSO. -- Paris.